

Francisco Pi y Margall

ESTUDIOS SOBRE
LA EDAD MEDIA



ESTUDIOS SOBRE LA EDAD MEDIA

ESTUDIOS

SOBRE

LA EDAD MEDIA

OBSERVACIONES GENERALES

Bajo el nombre de Edad Media comprendo uno de los más oscuros períodos que abraza la historia de la civilización de Europa. Empieza para mí en el siglo III y acaba en el XV; comprende el establecimiento de la silla de San Pedro en Roma, el tránsito del trono de los Césares á Constantinopla, la invasión de los germanos, el predominio del feudalismo, el origen y el desarrollo del poder temporal en el pontificado, la irrupción del Oriente sobre el Occidente, las cruzadas, las comunidades y las cartas-fueros, la lucha entre los pontífices y los emperadores, la exclaustación de la ciencia, la libertad de

los antiguos siervos, las invasiones sucesivas de la clase media y el origen de las clases jornaleras, el triunfo definitivo de la monarquía sobre la aristocracia y de Jesucristo sobre el Profeta, la constitución de las nacionalidades europeas, el descubrimiento de la brújula y la imprenta. Ofrece en toda esta larga serie de sucesos tres divisiones capitales: el imperio de Carlomagno, las repúblicas de Italia y la reunión de todos los poderes públicos en manos de los reyes; el nacimiento del poder temporal, la preponderancia y la rápida decadencia del pontificado; el origen de la escolástica, el predominio de la universidad sobre el claustro y la popularización del saber por medio de la prensa; los cantos bárbaros del Norte, las trovas provenzales y el último poema romántico escrito al otro lado de los Alpes.

Presenta en cada una de estas divisiones un aspecto particular; pero marcha en todas bajo el influjo de una idea que le imprime cierta unidad de pensamiento, de acción y de carácter. Aunque camina como al azar, lleva dirección fija y constante. Los pasos atrás no los da sino á fin de tomar carrera; los grandes acontecimientos de sus diversas épocas no son sino las crisis de su incesante desarrollo. Es falso que esté separada del

Renacimiento y la Antigüedad por un abismo. La historia no es más que una sucesión no interrumpida de causas y efectos: son imposibles las transiciones bruscas. El hombre muere, pero la humanidad vive, y la humanidad es una en el tiempo y el espacio. Están íntimamente enlazadas entre sí, no sólo las épocas, sino también las edades; no sólo las naciones, sino también los más vastos imperios de la tierra: una época es el origen de otra época; una generación, de otra generación; un pueblo, de otro pueblo. La humanidad y el hombre son esencialmente perfectibles y obedecen á una ley de progreso que es por su naturaleza del todo indeclinable: tienen una senda trazada por la fuerza misma de las cosas y la siguen aun queriendo abandonarla. No desconozco que en el hombre hay voluntad, es decir, libertad de hacer según su propio pensamiento; no la hay, absolutamente hablando, en la especie humana.

Estas verdades, ya muy conocidas, permanecieron ignoradas por mucho tiempo. Se examinó aisladamente cada edad y cada pueblo, y hubo quien llegó á creer que la Edad Media no fué sino un largo y funesto episodio entre la Antigüedad y el Renacimiento. «En la caída del Imperio, se dijo, empieza la

barbarie y no concluye hasta el siglo XV: las ciencias, las artes y las letras están, durante ese triste período, envueltas en las sombras de una larga noche. Penetra uno que otro rayo de luz en el fondo de los monasterios; pero no alumbrá el mundo, muere bajo las sombras bóvedas del claustro. El cristianismo pretende modificar las sociedades, y no lo alcanza sino parcialmente: su semilla ha caído entre ruinas y escombros, y no produce en muchas naciones sino frutos de sangre. No hay más ley que la fuerza, ni otra libertad que el privilegio, ni más grupos sociales que el convento y la familia. Si se reúnen de vez en cuando los hombres poderosos, es para repartirse, como una herencia, el patrimonio de los pueblos; si los débiles, para morir bajo el hierro de los que su religión les da, no por enemigos, sino por hermanos. Vician y corrompen el corazón los más graves errores. El sacerdocio, que debería ser casto y pacífico, vive en el libertinaje y la crápula, y deja á menudo el sayal por la armadura y la iglesia por el campo de batalla. Se es fanático, no creyente; se es pródigo en necias y ridículas ceremonias, y apenas se sabe adorar á Dios en silencio ni en el fondo del espíritu: se lleva la impiedad en el corazón y la caridad en los labios. Están conculcados todos los dere-

chos, extraviadas la razón y la fantasía. Es inútil estudiar la Edad Media: no puede arrojar de sí luz que nos guíe al cumplimiento de nuestros destinos. La Antigüedad nos habla aún con voz elocuente desde el fondo de sus ruinas: sigamos la voz de sus filósofos, de sus hombres de gobierno y de sus poetas, si queremos que se olvide la bárbara oscuridad de nuestro origen.»

Cuando se ha conocido la ley de la perfectibilidad humana, se ha pensado muy de otra manera. No por esto se ha estudiado más ni definido mejor época tan notable. Se ha exagerado su importancia, se la ha considerado como la fiel expresión del cristianismo, se le ha atribuido el desarrollo de todas las virtudes y todas las instituciones, se la ha mirado como el crisol en que podían depurarse todos los elementos de la civilización antigua, se la ha elogiado hasta por sus mismos defectos orgánicos, en que no pocos escritores han creído distinguir el confuso bosquejo de un sistema aplicable á la sociedad de nuestros días. «La Edad Media, se ha dicho entonces, es la época más brillante y fecunda. Desaparecen en ella los vicios de los antiguos tiempos: nobles arranques de dignidad animan desde un principio las hordas bárbaras. Mue- re la esclavitud: el más humilde plebeyo di-

rige á los reyes á la sombra de la Iglesia. Entra el elemento democrático en la organización de las naciones: el poder legislativo reside en los campos de Marte y en los concilios, compuestos, en su mayor parte, de prelados y nobles elegidos por los pueblos. Crece y se exalta el sentimiento religioso: abraza el amor todos los corazones y se siente dispuesta la grey cristiana á sacrificarse por su Dios y su patria. El caballero ve en la mujer su bello ideal y no su esclava; justa por ella en los torneos, y por ella lucha en los campos de batalla.

»Llevado de las ideas del Evangelio, el mismo barón feudal es hospitalario: recibe con pompa al peregrino, al trovador, al mendigo, y hasta les brinda en copas de oro sus mejores vinos. Créase órdenes militares y monásticas, fúndase conventos donde el principio de la fraternidad y el comunismo hallan de nuevo aplicación y desarrollo. Los que aman la vida de acción entran en las órdenes de caballería y se consagran á la defensa de los débiles: los que aman la vida ascética se aíslan de sus semejantes en esos apartados y silenciosos monasterios de que más tarde sale la luz que regenera el mundo.

»A un solo grito de Pedro el Ermitaño se alza Europa en ira contra los infieles: prin-

cipes, barones, siervos, ancianos, mujeres, niños corren á Oriente durante más de un siglo, deseosos de rescatar el sepulcro de Cristo ó morir junto á la ciudad santa. Surgen de las cruzadas nuevas formas de gobierno; adquieren la industria y el comercio la dignidad que lleva consigo el trabajo, reclaman su independencia, derriban el feudalismo y se organizan en concejos cuando no en repúblicas.

»Viven los púeblos nueva vida: en menos de dos siglos se cubre la superficie de Europa de monumentos que aun hoy se presentan á nuestros ojos como la más sublime expresión de los sentimientos políticos y religiosos que inspira el cristianismo. Abandona la ciencia las silenciosas bóvedas del claustro; rompe el arte el lazo que la unía con el sacerdocio y cruza en alas de la imaginación el campo de lo infinito. El pintor, el arquitecto, el poeta siguen los impulsos de su corazón y se abren ignorados caminos: se elevan á fuerza de abstracciones al más puro idealismo, y se atreven á rasgar á los ojos de los mortales el velo que cubre los misterios de la eternidad increada.

»No, no hay edad en la historia como la Edad Media: en ella nacieron cuantos elementos intelectuales y morales constituyen

nuestra vida; en ella se desarrollaron los sentimientos que nos distinguen de los antiguos; ella preparó las revoluciones políticas y sociales que hace cuatro siglos agitan el suelo de Europa, y nos van llevando, aunque lentamente, al reinado de la justicia. No es verdad que nosotros pertenezcamos á distinto mundo; somos hijos de esa misma Edad Media, somos, mal que pese á nuestro orgullo, sus legítimos herederos. Se la ha llamado bárbara, pero injustamente: la edad de la barbarie pasó para no volver hace tres mil años. La humanidad es esencialmente progresiva: nuestros padres estuvieron más civilizados que sus mayores y nosotros lo estamos más que nuestros padres. Los antiguos, decía con razón Pascal, son los modernos, nosotros somos los antiguos.»

Ambas pinturas vienen recargadas; pero es indudable que ambas son en el fondo verdaderas. La Edad Media es edad esencialmente antinómica (1), edad de doble aspecto que

(1) Como el uso de esta voz es aún poco frecuente en España, nos tomamos la libertad de explicarla en esta nota. *Antinomia* es voz griega que, traducida literalmente al castellano, significa *contra ley*. Empléasela en el lenguaje filosófico para designar toda ley cuyos efectos son contradictorios; es decir, toda ley que presenta un

tiene su tesis y su antítesis. Según el punto de vista que tomemos, es época altamente religiosa, de grandes virtudes, de elevados sentimientos; según la manera como la consideremos es, no sólo edad bárbara, sino también lodazal inmundo en que viven y se agitan las más viles pasiones. Tiene, mirada en conjunto, un carácter determinado y fijo; examinada en sus pormenores, no presenta uno de importancia que no sea en sí contradictorio. Uno de sus capitales sucesos fueron las cruzadas. Las produjo, más que ninguna otra causa, la exaltación del sentimiento religioso; y fueron, sin embargo, una sucesión no interrumpida de impurezas y crímenes. Se tocan á cada paso y se confunden en aquella larga sucesión de expedi-

aspecto positivo y otro negativo. Su parte positiva lleva el nombre de *tesis*; su parte negativa, el de *antítesis*; la fuerza de composición que absorbe ó puede absorber las dos, el de *síntesis*. En la naturaleza no hay antinomia sin síntesis; pero en lo moral y lo intelectual son pocas las antinomias ya resueltas. Aun éstas han debido, antes de llegar á ese estado, pasar por siglos de agitaciones y luchas. El objeto de la filosofía consiste principalmente en revelar los términos contradictorios de cada antinomia é inquirir cuál pueda ser el tercero que haya de abrazarlos, y forme un todo sintético en que se armonicen completamente.

ciones militares el egoísmo y la bajeza, la religión y la impiedad, la cultura y la barbarie, el idealismo y el más grosero materialismo. Crece el ascetismo; y en tanto pulula, quizá no lejos del mismo claustro, un sacerdote entregado de vergonzosa manera á la usura y al libertinaje. Cuanto más ensalza el rígido anacoreta el principio del comunismo sancionado en el Evangelio, tanto más se robustece el del individualismo hasta en el seno de la Iglesia; cuanto más se practica el de la igualdad en la organización del estado religioso, tanto más profundas se hacen en el estado civil las divisiones sociales y políticas.

Forman parte de todas las constituciones europeas el elemento aristocrático, el democrático, el monárquico; y no hay una sola donde no estén los tres falseados y en perpetua lucha. Para conseguir el predominio cada uno busca su apoyo precisamente en su antagonista. Pretende la monarquía encontrar su fuerza en el pueblo; la aristocracia, en la monarquía; la democracia, en el privilegio. Llega día en que la democracia triunfa en las ciudades de Italia, y se hace al punto y sin sentirlo aristocrática. Empieza por excluir, por limitar, y labra desde el mismo día de la victoria su sepulcro. Aun-

que no puede alcanzar resultados tan ventajosos en otras naciones, se siente fuerte para exigir y exige; ¿qué exige sino cartas de población, cartas forales, es decir, privilegios? Dominó la aristocracia mucho más tiempo; mas no porque comprendiera mejor su naturaleza ni usara de mejores recursos. Abrió su tumba, como la democracia, con sus propias manos. Toda aristocracia tiene la fuerza en sí, es decir, en la íntima cohesión de todos sus miembros; la aristocracia de la Edad Media permaneció durante el período de su existencia, no sólo dividida, sino también en estado de rivalidad y discordia. No estuvo nunca organizada, no tuvo nunca verdadero núcleo. Cuando lo creyó necesario, lo buscó, no en sí, sino fuera de sí, no en la identidad de sus intereses, principio tal vez demasiado abstruso para su inteligencia, sino en una institución ya realizada y visible que había de tender naturalmente á debilitarla y absorberla. Logró la monarquía sobrevivir á la aristocracia y á la democracia: ¿lo debió tampoco á que tuviese idea más clara de las leyes de su vida? Lo debió á circunstancias que no había creado: á lo urgente que se hizo la necesidad de un poder robusto á medida que se fueron ensanchando las fronteras de las naciones, al descrédito en

que entraron todos los demás elementos políticos capaces de llegar á vigoroso y completo desarrollo. Alimentando en su corazón al pueblo, alimentó, sin embargo, al que debía ser más tarde su verdugo. Pudo engañarle y dominarle más ó menos tiempo; mas ¡qué de sangre no brota ya de las heridas que recibió en su cuerpo al través de la púrpura y el oro! Dos veces dobló la rodilla sobre las tablas del cadalso: ¿quién sabe si estará lejos su última hora?

Nada, absolutamente nada, presenta en la Edad Media un carácter franco y decidido. Todo se presenta doble, tenebroso, incomprendible para el que no lo examina á la luz de la filosofía. No sólo la religión y la política, hasta las costumbres tienen en ella su anverso y su reverso. Dulces y poéticas unas, fieras y salvajes otras, son el reflejo del estado incoherente en que la sociedad vive. Abandona el joven caballero su corte ó su castillo, y parte á la guerra armado de todas armas. No siente en su corazón más que odio profundo contra el enemigo; llega al campo de batalla, ve á sus contrarios, corre, vuela y se arroja sobre ellos como león sobre su presa. En vano los vencidos exhalan gritos de piedad bajo los pies de su caballo; en vano clama el padre

por el hijo, el hijo por el padre; sediento de sangre y ciego de venganza, lo atropella todo y huella indiferente los cadáveres. Regresa á sus hogares y no puede vivir en paz: sabe de algún paso honroso que ha de celebrarse en apartadas tierras, y prepara al instante de nuevo su lanza y su caballo. Vive tan entregado á sus belicosos instintos, que parece incapaz de todo sentimiento delicado. ¿Quién, no obstante, más generoso que él ni de más delicados sentimientos? Dios y su dama son los ídolos á cuyos pies depone en ofrenda sus coronas. Está aún cubierto del polvo del combate, cuando cruza el umbral del templo y dobla humildemente la rodilla ante la imagen de María; deja el templo y corre á descansar de sus fatigas en los brazos de otra mujer que adora. Ya en su castillo, oye con placer al paje que le refiere dñosas aventuras, al maligno juglar que satiriza las damas de su palacio, al trovador que va de corte en corte y de alcázar en alcázar cantando la guerra y los amores. Celebra sus victorias con opíparos banquetes en que deslumbra el oro, abre la puerta á la *gaya ciencia* y no se desdeña de escuchar frívolas cuestiones ni de aceptar los fallos de los maestros. Conoce los deberes de la amistad, y sacrifica por ella su interés, su bienestar, su vida.

Llevado de un bello ideal, apenas está nunca en la esfera de acción donde se mueve el resto de los hombres.

Es dulce, excesivamente tierna la mujer de aquella edad, es todo sentimiento. Por la pasión es capaz de todo sacrificio. Ama y suele ser constante: ni la ausencia hace mella en su corazón, ni los vínculos religiosos lo trasforman. Los obstáculos no sirven sino para fortalecerla; la sangre vertida por su entusiasta caballero, sino para avivar el fuego que la abrasa. No sólo siente el amor puramente material; concibe, siente y hasta practica el amor platónico. Hace de su amante un ídolo. ¡Qué dulzura! ¡qué candidez en su semblante! ¡qué expresión la de sus ojos! ¡qué tranquilidad la de todas sus facciones! Corren las palabras por sus labios más suavemente que las aguas de un arroyo; habla, y todo queda perfumado por el aliento de su boca. Parece la imagen de la humildad y la modestia. ¡Qué ligero no es su paso! Las rosas que pisa apenas se doblan bajo sus plantas. El templo es su paraíso, Jesucristo su más alto amor, la bienaventurada hija de David su mejor modelo. ¿No es acaso ésta la virgen cristiana que nos han hecho concebir la historia y la leyenda? Sí; ésta es la virgen cristiana de la Edad Media, pero bajo una

sola faz de su carácter. Esa virgen tan dulce es la primera en asistir á los más fieros espectáculos de su época y en guardar sus más ardientes miradas para el bravo paladín que haya salido vencedor de la pelea. Precipita á su caballero á las más aventuradas empresas; le hace exponer cien veces la vida por el menor de sus antojos. Es firme su pasión; pero costosa; sus celos son temibles; su venganza, impía. Parece que están apagadas sus pasiones; ¡ay del día en que un contratiempo de amor remueva la ceniza que las cubre!

Se ve por fin rasgos de generosidad y de nobleza: hombres que exponen mil veces su vida por salvar á sus semejantes, sacerdotes que se interponen entre las espadas de los combatientes á fin de acallar discordias y evitar días de luto á las familias; ancianos que en momentos de exaltación religiosa descuelgan con furor sus armas, ansiosos de vengar sobre cabezas de infieles las injurias recibidas por su Dios y su patria. No hay virtud de que no se encuentre ejemplo, hazaña ni sacrificio que no se repitan en cada nación y en cada siglo. ¿Qué no vemos en cambio?

Domina generalmente en la sociedad una prostitución sin freno, una codicia sórdida, una crueldad espantosa, inexorables venganzas.

zas. La prostitución está, no sólo consentida, sino también organizada oficialmente; tiene en cada reino sus estatutos, en cada villa su burdel, en cada ciudad su templo. Parte activa de los ejércitos, los sigue á todas partes, y para mengua del cristianismo los acompaña á la conquista de la Tierra Santa. Trae consigo los más asquerosos vicios: el incesto, la bestialidad, la sodomía; llega, como no había llegado nunca, á su más completo desarrollo. No satisfecha con la libertad que le conceden las leyes, organizase en algunas ciudades clandestinamente y lleva la impiedad al extremo de adoptar las formas y la constitución de los monasterios. Aprovecha la soledad y el aislamiento del claustro en favor de los adúlteros; entrega á una como abadesa la dirección de tan vergonzosos lupanares. Tiende mil lazos á la mujer y la corrompe: la corrompe de modo que en algunas ciudades se le prohíbe que salga sola fuera de las murallas (1).

(1) Esta pintura parecerá indudablemente exagerada; pero en la misma España, en el archivo municipal de la ciudad de Sevilla, he tenido ocasión de leer unas Ordenanzas dadas por D. Juan II, en que está plenamente confirmado el hecho capital que aquí cito. El art. 31 de dichas Ordenanzas dice á la letra: «Otrosí, por quanto

No es menos general la codicia: préstase con usura bárbara, se hace públicamente el comercio de esclavos, pueblan el monte turbas de bandidos, saquéase pueblos á la luz del día. El fraude es la verdadera ley del cambio, y se falsea todos los senti-

fué denunciado é dicho que en esta cibdat de Sevilla avia casas que se llamavan monesterios de malas mujeres que vsaban mal de sus cuerpos en pecado de luxuria; é que tenian una mayoral á manera de abadesa; et aquella como encubiertamente é como manera de orden de luxuria alquilava á las mujeres malas que allí estaban para usar de esta maldad; é aun que algunas veces acaescía por quanto estas tales mujeres que asy estaban ayuntadas por manera de colegio fazían sus luxurias é maldades más encubiertamente que las mundanas públicas, que algunas mujeres casadas et viudas ónestas é vírgenes que entravan en las tales casas; et que acaescía que fasían ende algunos errores, lo qual es grand desservicio de Dios e cosa de mal enxienplo; et porque la castidad en mi tiempo non podrye sofrir tal cosa, ordeno é mando que de aquí adelante non se fagan tales ayuntamientos de mujeres; mas que las que non quisieran ser buenas é castas é quieran vender sus cuerpos, que se pongan é estén en la mancebía pública é do están las otras mundanas públicas.» (Archivo munic. de Sevilla, tab. 2.ª, leg. 12, número 13.) El último hecho que cito está confirmado por otro documento que tuve ocasión de ver en el Archivo municipal de Cádiz. De los demás están llenos todos los libros de Historia.

mientos de justicia. Para colmo de mal, llevados los reyes de errores económicos, son los primeros en defraudar el Estado; dan origen á créditos insostenibles, alteran el valor natural de la moneda, y animan con tan viciosos ejemplos á los ya dispuestos á pasar por todo lo que pueda satisfacer su amor á la riqueza y los goces.

Crueldad la hay hasta en las leyes; el duelo es una prueba judicial, y quizá sea la más dulce de las pruebas. Invéntase todos los días para los acusados tormentos y suplicios terribles, créase tribunales feroces. La horca está todo el año en pie; la hoguera, siempre dispuesta; el patíbulo, levantado en el castillo del barón y en el alcázar del prelado, como señal de mero y mixto imperio. Se ensaña la ley con algunas de sus víctimas hasta después de la muerte: cuando no se abraza los cadáveres ni se los arroja al fondo de los ríos, se los descuartiza y se expone con horror sus miembros en las puertas de las villas y en las márgenes de los caminos. Las guerras son, como nunca, atroces: se tala á leguas la campiña; se toma por asalto fortalezas, al parecer, inexpugnables; se pasa todo á sangre y fuego; se ceba el hombre como león hambriento en la matanza de sus enemigos. Hay reyes que si-

glos después de muertos pasan al catálogo de los santos; no por esto se muestran menos crueles que los otros en sus campañas. Hasta el sacerdote empuña la espada y viste la armadura; no puede esgrimir armas contra nadie sin violar los cánones; pero los viola y los violará mil veces antes que refrenar su odio profundo contra infieles y cristianos. No son simplemente prisioneros de guerra los que caen en poder de sus contrarios; gimen en duras mazmorras ó están condenados á improbos trabajos, mientras no llega el rescate.

En todo, casi en todo se descubre cierta inhumanidad salvaje; el leproso, ese desgraciado sér apenas conocido ya en nuestras sociedades, busca en vano alivio á su amarga desventura: no encuentra, en mucho tiempo, sino palabras, sólo palabras de consuelo. Se le rechaza como si llevase en su frente la maldición de Dios: no puede acercarse á la morada de los demás hombres; no puede lavarse en fuente ni en arroyo; no puede beber en otro vaso que en su cuenca; no puede caminar por angosta senda ni tocar la cuerda del pozo en que podría apagar el ardor que le consume; no puede pasar el resto de su vida sino en chozas aisladas, á cuyo pie la Iglesia suspende del árbol de una cruz

una arquilla destinada á las limosnas del viajero. Da una que otra vez con almas llenas de amor, que no temen las contagie; pero, en cambio, ¡qué de horas no pasa contando uno por uno los pasos que le conducen al sepulcro! No tiene ni el derecho de poner la mano en la cabeza de sus hijos; no tiene ni el de hablar; ve desde su cabaña á sus semejantes, y no puede llamarlos sino al son de una carraca. Duerme sobre el polvo de los cementerios, que esparció por su cama el sacerdote; hasta donde descansa encuentra el infeliz el recuerdo de su tumba. ¿Cabe más barbarie? ¿Es así como consuela la humanidad á los que caen en los abismos de la desgracia?

No creo necesario detenerme más sobre este punto; la antinomia es en todo lo de la Edad Media visible y manifiesta. ¿Es acaso extraño? El cristianismo y los bárbaros habían casi disuelto la sociedad antigua: la Edad Media venía á ser un período de formación para Europa. Lo que sean los períodos de formación, nadie lo ignora: la tierra, al decir de Moisés, era un caos cuando flotaba el espíritu de Dios sobre las aguas; las materias que se cristalizan presentan un todo informe y confuso, mientras no llegan á su cristalización definitiva. No es fácil

describir ni apurar los incoherentes sucesos de tan oscuros períodos; pero cabe por lo menos investigar las fuerzas que les dieron origen, examinar la naturaleza y la acción de las fuerzas mismas y determinar las leyes á que obedecieron en sus respectivos choques, estudiar la manera como pudieron combinarse y armonizarse. Es difícil esta clase de estudios, pero necesaria; voy á dar el resultado de mis observaciones.

A mi modo de ver, obraron en la Edad Media tres fuerzas principales; dos convergentes, una divergente; el cristianismo, la filosofía, la civilización antigua. Las analizaré por su orden.

I

El cristianismo

Antes de parecer Jesús, el politeísmo era general; el egoísmo, ley del mundo. Un pueblo orgulloso dominaba la mayor parte de las naciones, y había en todas aún libres y esclavos, vencedores y vencidos. Pesaba un

despotismo cruel sobre todas las provincias del Imperio. Sentíase donde quiera la necesidad de un cambio; pero los pueblos habían agotado sus fuerzas en la lucha por su independencia. No había en el mundo sino una esperanza, y ésta vaga, si bien consoladora. Los profetas hebreos habían anunciado que debía venir un Mesías: el Mesías vino.

Opuso Jesús al politeísmo el dogma de la unidad divina, principio grande y fecundo cuyas consecuencias habrían podido regenerar al hombre. Del dogma de la unidad divina deriva inmediatamente el de la unidad humana; del de la unidad humana, el de la fraternidad y la solidaridad universales; del de la fraternidad y la solidaridad, la absoluta igualdad de todos los que componen la humanidad en el tiempo y el espacio. Si no hay sino un Dios y de él somos hechura, tenemos todos un padre, somos todos hermanos, constituímos todos con él una familia. Toda distinción fundada en la de clases y castas es absurda. La esclavitud, el patriarcado, toda aristocracia carecen de razón; la igualdad es la única base legítima de las sociedades. Median entre los hombres diferencias por la determinación cualitativa de sus facultades físicas, intelectuales y morales; pero no pueden engendrar distintos dere-

chos. Son accidentales, independientes de la voluntad del hombre, indefinibles, es decir, inconmensurables; lo accidental y lo indefinible no puede dar nunca origen, ni á especiales derechos para los que lo poseen, ni á especiales obligaciones para los que contra su voluntad dejen de poseerlo.

No era necesario otro principio para que se hiciera en el mundo una revolución completa: bastaba formularlo y aplicarlo. Jesucristo lo formuló, pero sin aplicarlo de una manera precisa ni apurar las aplicaciones de que era susceptible. Más sentimental que razonador, emitió aisladas y sin orden sus ideas: no sistematizó su doctrina. Profirió, para colmo de mal, palabras entre sí contradictorias, cuya explicación, después de provocar largos debates, nos condujo á la organización social más opuesta al Evangelio. Nada definió, nada determinó, nada organizó; y hoy, después de diez y ocho siglos, está reducida su caridad á la limosna, su comunión á un rito, su igualdad á una mentira.

No por esto culpo á Cristo. La humanidad procede siempre de igual modo; empieza por sentir aspiraciones, acaba por tener sistemas. El sentimiento precede al raciocinio.

Lo que más ha perjudicado para mí la idea

capital del Evangelio no ha sido, por otra parte, la vagüedad, sino el dualismo del cielo y la tierra. Este dualismo la ha debilitado, y aun destruido. Nos ha llevado lógica é irresistiblemente á la división, á la desigualdad absoluta; ha legitimado y aun provocado la injusticia que reina todavía en la tierra. Ha creado en la sociedad dos poderes rivales que no pueden vivir sin atacarse, que están y no pueden menos de estar en perpetua lucha hasta que se subalternen y se absorban, que son, por consiguiente, para los pueblos motivo inevitable de discordia. Ha hecho estoico al hombre y la sociedad, é introducido la idea de un nuevo fatalismo. Ha apagado la vida, dado vida á la muerte. Ha desviado á la humanidad de su camino, perpetuado el mal, hecho imposible el bien, es decir, la regeneración que se proponía el Evangelio al sentar el fecundo principio de la fraternidad entre los hombres.

Voy á probarlo. El cielo para los cristianos es la morada de Dios, el centro del bien absoluto, un lugar fuera del mundo real, á donde va el espíritu en cuanto deja el cuerpo, para recibir la recompensa de los sacrificios que haya hecho y los dolores que haya sufrido en su penoso tránsito por la tierra. El mal no es, pues, un mal, sino la puerta del bien

mismo. Si cuanto más sufro en la tierra, tanto mayor es mi derecho á la ventura eterna, ¿qué viene á ser mi sufrimiento? En lugar de quejarme, he de bendecir la mano del que me envíe el dolor y la amargura. No rechazaré, por consecuencia, el mal en mí ni en mis hermanos; obedeceré con la más completa resignación las leyes para mí insondables de una Providencia más ó menos justa. ¿Qué término hallarán así las calamidades que afligen nuestra desgraciada especie?

Si se me presenta además el cielo como fin de mis esperanzas, y se pone en él la vida eterna, ¿qué es para mí esta vida? He de considerar naturalmente el cuerpo como triste realidad para mi espíritu; he de hacer de la existencia una continua preparación para la muerte. Y ya que no me inspire interés mi propia vida, menos me la inspirará la de mis semejantes. Reputaré feliz al que descienda antes que yo al sepulcro; desearé seguirle. ¿Qué será entonces la humanidad sino un nombre? No habrá verdaderos intereses colectivos, ni serán legítimas las revoluciones. Contra esta fatal idea del cristianismo, me parece que siento protestar cien generaciones desde el fondo de su tumba.

La idea, sin embargo, ha prevalecido. Véase aún á los que pretenden seguir el camino

perfecto de la virtud cristiana. Viven en medio de los más desiertos montes, aislados de sus padres y de sus hermanos, entregados á la oración, encerrados en el mayor de los egoísmos. No piensan sino en Dios; viven y mueren sin que la familia, la patria, el humano linaje, sean para ellos más que un recuerdo. Miran con horror á la mujer, que debía ser la mitad de su vida; no dan un solo hijo á la especie; pasan por el mundo sin dejar huella. Sufren el mal sin combatirlo; consideran el mundo como lugar de prueba; creen en un destino que llaman Providencia, y aguardan ansiosos la muerte como el último de sus padecimientos y la llave de ese cielo á que eternamente aspiran.

No conduce ni puede conducir á otro punto ese dualismo. Si el mundo no ha sido por espacio de muchos siglos un vasto monasterio, atribúyase á que hay afortunadamente en el hombre necesidades imperiosas é indestructibles que la aplicación de la idea no podía satisfacer de modo alguno. No ha producido afortunadamente todos sus naturales resultados; pero ha producido, á no dudarlo, todos los posibles. Los principios falsos no llegan ni llegarán nunca á sus últimas aplicaciones.

Extendamos el argumento. ¿Qué es la

muerte? Para el que profesa el principio de la unidad es un mero accidente de la vida; para el que cree en el dualismo, la destrucción completa de la vida misma. Aquél detrás del sepulcro ve aún la humanidad y el mundo; éste, sólo la nada en la tierra y la divinidad en el cielo. Síguese de aquí necesariamente que aquél se reconoce unido á todo lo que vive, y éste no acierta á ver que exista lazo alguno entre él y las demás generaciones: aquél se reputa solidario con la humanidad en el tiempo, y éste insolidario. Admitido, por lo tanto, el dualismo, ni vivo ni muerto se puede sentir el hombre unido al hombre. ¿Qué es, repito, la humanidad? ¿Qué es la familia?

He aquí por qué apesar del dogma de la fraternidad ha prevalecido el egoísmo en todas las naciones que siguen el Evangelio. Lejos de ir á la igualdad y al orden, hemos ido á la desigualdad, la lucha y la anarquía: á la guerra, entre los intereses individuales y á la guerra entre los poderes públicos.

Supuestos efectivamente un cielo y una tierra, es indudable que en ésta no puede residir el bien absoluto, ni Dios, que es el mismo bien, puede reinar sino en el cielo. El reino de Dios no está, pues, en el mundo. Ha de haber dos reinos: uno fuera del mundo

real para los espíritus puros; otro dentro de él para los que aún viven en el seno de la materia; es decir, un reino espiritual y otro temporal, aunque separados, coexistentes. Ahora bien; reconoce explícitamente el cristianismo que la permanencia de los espíritus en el reino temporal no es más que un tiempo de preparación para el otro reino, y esta preparación sin la palabra de Dios es imposible. ¿Qué había de resultar de estas premisas? La creación de un poder espiritual en los pueblos, la Iglesia. Creóse este poder; y cuando más creíamos establecida la unidad, nos encontramos en una división profunda. Vimos nuestra libertad reducida por una doble serie de leyes; nuestra individualidad, entre dos fuerzas contrarias, que hoy, después de diez y ocho siglos, no han encontrado todavía paz en la tierra. Perdimos en vez de ganar: ¡qué de guerras suscitadas por esa lucha! ¡qué de choques sangrientos de que han sido casi siempre víctimas los pueblos! ¡qué de escándalos debidos á las mutuas invasiones de los dos poderes! Apenas constituidos, empezó ya la guerra. ¿Como cuánto hacía que el Imperio había adoptado el cristianismo, cuando el emperador Constancio arrojó su espada en medio del concilio de Milán que no quería favorecerle

en sus pretensiones? No hacia medio siglo: Constancio era el sucesor de Constantino. Quinientos años después Gregorio IV se atrevía á deponer en nombre de Dios al hijo y sucesor de Carlomagno.

No ya una antinomia, una verdadera contradicción hallo en el fondo del cristianismo. Quizá se me conteste que ese dualismo es sólo hijo de un error cometido en la interpretación del Evangelio; que Jesucristo, al hablar del cielo, lo hizo figuradamente y con el objeto de simbolizar la época en que ha de ver la especie humana realizados sus destinos (1):

(1) Pedro Leroux, en su libro *De l'humanité, de son principe et de son avenir*, obra la más profunda que ha salido de su pluma, consagra un largo capítulo á probar que Jesucristo, del mismo modo que los demás filósofos orientales y los de Grecia, no entendió por cielo sino el porvenir de la humanidad en la tierra. Sostiene que la creencia de los cristianos en el dualismo no ha procedido sino de una falsa manera de interpretar el Evangelio, cuya ambigüedad no puede también menos de reconocer, ya en la misma obra, ya en la que publicó con el título *Du Christianisme*. Estoy convencido de que se ha falseado el Evangelio; mas creo que hay en él términos inconciliables, fruto, como he indicado, de que la doctrina de la humanidad era en Jesucristo más una aspiración que una idea. El dualismo es para mí indudable que estuvo en la mente de Jesucristo.

pero forma parte del dogma, ha llegado hasta nosotros reconocido por todos los concilios y todas las autoridades de la Iglesia, es una de las creencias más capitales y más arraigadas en el corazón de los púeblos. ¿Qué importa que hoy algunos escritores nieguen su existencia, pretendiendo dar más peso á sus propias ideas ó deseando conciliar el cristianismo y la filosofía?

Considérese el cristianismo bajo el punto de vista que se quiera, la contradicción es indudable. Después de revelárnosla el raciocinio nos la revela la historia. La legislación romana era al principio de la Edad Media la de todas las provincias de Europa, Asia y Africa sujetas al Imperio. Es ya sabido cuánto favoreció en un principio la desigualdad de clases; no ha habido, antes ni después, en Occidente, otra que haya admitido entre los hombres más ni más repugnantes divisiones. Empezó á sentir la influencia del cristianismo, y se hizo desde luego igualitaria. No derribó de un golpe todas las vallas entre hombre y hombre; pero las fué desmoronando lentamente. Hizo extensivos á todos los súbditos del Imperio los derechos políticos y sociales que habían sido patrimonio de un solo pueblo; minó por su base la esclavitud, el mayor

de los obstáculos que había de vencer la humanidad si quería poner en práctica el ideal del Evangelio; preparó el camino que había de dirigirnos al reinado de la fraternidad y la justicia. Llevaba consigo el pensamiento de la unidad y tendía indudablemente á realizarlo; pero, ¿no fué acaso también la que sancionó la creación de un poder independiente dentro del Estado, y puso bajo su sombra á la Iglesia, y la llenó de privilegios de que tan justamente acababa de despojar á los que los habían poseído durante siglos? ¿Era ya el principio de la unidad el que le hacía dar este paso imprudentísimo, origen de tantos y tan graves males? No: era el del dualismo, era la idea hasta cierto punto inconcebible de que la dirección de los espíritus no podía pertenecer sino á los que hubiesen recibido al efecto una misión divina. ¡Ya en las primeras aplicaciones del cristianismo encontramos frente á frente los dos principios! Obran y obran aquí simultáneamente las dos fuerzas.

Cuando la invasión de los bárbaros observóse el singular fenómeno de que la esclavitud no fuese como antes efecto necesario de la guerra. Fueron conquistadores sanguinarios y fieros durante sus campañas; mas, dueños ya de Europa, lejos de aislarse,

pusieron todo su ahinco en mezclarse y confundirse con la raza indígena. Adoptaron más bien formas democráticas que monárquicas: tuvieron reyes, pero no hereditarios; admitieron la monarquía, pero no la absoluta. Limitaron en todas partes el poder del príncipe, ya por medio de asambleas militares, ya por medio de concilios; conservaron con tenaz empeño los hábitos de independencia que trajeron de sus bosques; tendieron casi constantemente á la igualdad, que ya en su país nativo constituía uno de sus más vivos y poderosos sentimientos. El cristianismo ¿no debía naturalmente fortificarlos en él y hacerlos más refractarios á toda desigualdad, ya económica, ya política? Los fortificó en aquel sentimiento y los hizo por mucho tiempo refractarios á la desigualdad; pero no pudo impedir que del seno de esos mismos pueblos surgiese el feudalismo, y con él, ya que no la esclavitud, la servidumbre. Desunía el feudalismo en vez de unir; traía la opresión y no la libertad; el odio y no el amor y la concordia; y apesar de todo, creció y envolvió en su organización á la misma Iglesia. Acreditan estos significativos hechos no sólo la existencia de la contradicción en la doctrina de Jesucristo, sino también la preponderancia del dualismo. Hubo,

es verdad, en aquellos siglos hombres notables que, como protestando contra lo que sucedía, instituyeron órdenes y trabajaron con celo por establecer acá y acullá comunidades religiosas; pero ¿comprendían ni aun esos mismos hombres el espíritu social del Evangelio? ¿Cabría generalizar estas comunidades? ¿Eran en sí beneficiosas? Lo he dicho y no temo repetirlo; salvas pequeñas excepciones, no eran hijas sino del egoísmo religioso inspirado por la fatal doctrina del dualismo. De no, se las habría constituido de muy distinto modo. En vez de vivir exclusivamente consagradas á la contemplación, habrían buscado el sustento en el trabajo; lejos de rechazar á la mujer, la habrían enaltecido; habrían santificado el amor en vez de condenarlo. Estuvieron muy distantes de abrigar tan altos sentimientos.

En decadencia el feudalismo, se organizó la clase media. Predominó la inteligencia sobre la aristocracia de sangre; llegó la industria á conquistar el poder; se hizo el trabajo título hábil para la adquisición de todo derecho. Se verificó entonces, al parecer, una reacción saludable en favor de la igualdad: sustituyóse al principio hereditario el electivo, dióse á todos una intervención más ó menos directa en el gobierno de las muni-

cipalidades y de las repúblicas, creóse asociaciones, se organizó las artes mecánicas, tomaron mayor vuelo y empezaron á ejercer su influencia en gran parte de los pueblos las más generosas ideas. Habríase podido creer, al presenciar tan hermoso movimiento, que iban á desaparecer para siempre las diferencias levantadas entre los hombres por las leyes de otros días; pero creóse otra vez privilegios, se aristocratizó el trabajo, se llevó á los trabajadores á nueva servidumbre. El aprovechamiento del hombre por el hombre no hizo sino cambiar de mano; no subsistió con la dureza de antes, pero produjo no menos tristes resultados. Hubo pronto discordias entre profesión y profesión, luchas entre clase y clase, guerras de pueblo á pueblo. Hubo, además, otra división de clases creada por la riqueza y la miseria. Nació el proletariado. Sé que en cada una de estas revoluciones hubo manifiestos adelantos, pero á la vista de efectos tan contradictorios, en este hecho, como en el feudalismo, no puedo dejar de ver que ejerció el Evangelio escasa influencia, merced á la acción inversa de sus dos principios.

Prevaleció al fin el principio del dualismo sobre el de la unidad, y la razón por que así sucedió es evidente.

De estos dos principios contenía virtualmente el uno todo un sistema social; era el otro la base de todo un sistema religioso. Admitidos en el Estado dos poderes, el temporal debía naturalmente encargarse del desarrollo del primer sistema; el espiritual, del desenvolvimiento del segundo. Es para todos un hecho que el temporal estaba ya entonces definitivamente constituido sobre instituciones, si no en todo, en parte, opuestas al espíritu de la nueva doctrina. A tomar la iniciativa en la realización de aquel sistema, habría entrado, indudablemente, en la vía revolucionaria y conspirado contra su propia vida. Un poder constituido no es ni puede ser nunca sino conservador de lo que existe, puesto que sólo en lo presente, condensación de lo pasado, encuentra su razón de ser y los elementos de su fuerza: admitió el nuevo principio y se modificó, pero sin intentar ni dejar entrever la revolución á que la práctica del principio conducía. Lejos de ver en él un punto de apoyo, lo consideró como fuerza contraria que podría llegar á serle irresistible: empezó por temerlo, y acabó por declararse su formidable antagonista. Lo oscureció, lo limitó, lo falseó, lo redujo á pura aspiración, trabajó constantemente, sino por eliminarlo, por hacer imposibles las

más inmediatas consecuencias. Disipó, al fin, sus temores, logrando inutilizar lo que había más positivo y real en el Evangelio, pero falseando la doctrina que abrazaba, reduciéndola á simple teodicea.

El poder espiritual, por lo contrario, se había organizado desde los primeros instantes de su vida sobre la nueva base religiosa. No temió, como el temporal, la aplicación del principio que le había dado origen: se esforzó en darle toda la amplitud posible, dirigió la actividad de las ciencias filosóficas á crear sobre él ese vasto sistema que lo ha constituido durante siglos árbitro del mundo, y no tardó en adquirirse una posición franca, libre, dominante, á propósito para vencer cualesquiera obstáculos é imponer la ley á todos los poderes. No sólo adoptó el dualismo con todas sus consecuencias; procuró identificarlo con los demás principios, y se hizo á poco el intérprete exclusivo y el único regulador de la ley del Evangelio. «Jesucristo, dijo, es Dios; el sacerdote, el representante legítimo de Dios en la tierra; el reino prometido á los hombres, el de los cielos; la caridad, una virtud cristiana; la comunión, un sacramento. Es la igualdad condición necesaria de nuestra especie; pero no existe sino ante Dios, no puede existir en el mundo.

Dios es la providencia misma: sufra el hombre ó goce, debe respetar siempre los designios de su Criador y doblar resignado la cabeza bajo la inescrutable ley de su destino. El destino final del hombre no está en la tierra, sino en el cielo: allí se vive la vida eterna de beatitud, á la que sólo puede conducir el cristianismo. Dios es el supremo bien: únicamente identificándonos con él y en él concentrando el pensamiento y el corazón, llegaremos á ser felices. Sólo Dios lleva á Dios; si dejamos de pensar en Dios, nos alejamos de Dios sin sentirlo.» La marcha del poder temporal, las tendencias naturales del espiritual, todo conspiró á despojar la misión de Jesucristo del carácter social que tiene para todo el que lea detenidamente las sublimes palabras del Nuevo Testamento.

Ahora bien: ¿qué influencia podrá nunca ejercer en la mejora física ni moral del hombre un sistema puramente religioso? Incapaz el pueblo de penetrar en el fondo de una doctrina envuelta en sombras y misterios, no se fija sino en las formas, y cree á poco haber cumplido los deberes que le impone con sólo entrar en el templo y pronunciar maquinalmente fórmulas cuyo sentido ignora. Mientras conserva la fe, ó cae en un fanatismo estúpido ó en un ascetismo estéril; cuando la pier-

de, en la indiferencia y el ateísmo. Se asegura que le sirve la religión de freno; pero sin motivo. Creo innegable que la Edad Media fué altamente religiosa, infinitamente más religiosa que la nuestra: la lucha con el Asia, la porfiada guerra contra los árabes de España, el predominio teocrático, la sujeción de todos los poderes al Pontificado cierran la puerta á toda duda. ¿En qué otra edad hubo, como se ha visto, sociedades más crueles, más prostituidas, más llenas de crímenes, ni más encenagadas en los vicios? Levantóse los más suntuosos templos; dirigióse de continuo al cielo plegarias fervorosas; aceptóse sin murmurar las penitencias públicas, la peregrinación forzosa, los juicios de Dios hasta en lo profano; siguióse escrupulosamente las prácticas establecidas por la Iglesia; consumióse parte de la vida en ceremonias y fiestas sagradas; llamóse á cada paso sobre la cabeza del hombre la bendición del sacerdote; fijóse la cruz no sólo en las capillas y los cementerios, sino también en los caminos, á la puerta de cada pueblo, en toda plaza y en toda encrucijada; destinóse los metales más preciosos á los objetos del culto; tradújose á cada momento las creencias en signos exteriores; pero la vida moral, ¿experimentó la reforma que, según algunos, era

de esperar de aquella exaltación mística que produjo tan numerosos rasgos de heroísmo y de barbarie? Hubo, se dice, hombres que, no contentos con la silenciosa soledad de los claustros, vivieron entre breñas, donde sólo podían oír la voz del huracán, el aullido de las fieras y el estrépito del tímpano precipitándose al abismo; hubo mujeres que, encerradas entre sombríos muros, se condenaron á vivir años enteros de lo que depusiese en su reja la caridad de los transeuntes; pero lo pregunto por última vez: en lo moral ¿de qué servía este ascetismo? Pudieron comprender y practicar bien algunos creyentes la religión de Jesucristo; el pueblo es indudable que no la conoció sino por la superficie, ni la practicó sino automáticamente y sin conciencia. La materializó de la manera más ridícula y mezquina. ¿Quiso dejarse llevar alguna vez de su ingenio é inventar fiestas en recuerdo de las principales escenas del Evangelio? Inventó la fiesta de los locos, la de los asnos, la del arenque cuaremal, y otras á cual más repugnantes y grotescas, que no parecían sino caricaturas de los personajes y los hechos más sagrados. ¿Llamó en su auxilio la literatura? Vió representar á poco en medio de la plaza pública farsas conocidas con el nombre de miste-

rios, donde la Virgen, Jesucristo, el Padre Eterno, las figuras más gigantescas de la Biblia, salían con los trajes de la época á recitar versos que hoy calificarían de impíos los ateos. Hasta el arte participaba de tan grosero materialismo. Al descender á la ejecución de sus pensamientos, ¡cuán á menudo nos dió por composiciones las más bárbaras parodias! Aun prescindiendo de que haya presentado á David con manto imperial, corona de flores de lis, estoque y talarbarte, á los ángeles del paraíso con bonete y alba, á la Virgen con rosario y toca, ¿qué no se dirá cuando se vea á esa misma Virgen acostada en el pesebre donde acaba de nacer su hijo; á los tres reyes magos durmiendo en una misma cama; á Jesucristo forcejeando por levantar entre sus brazos á la hija de la viuda de Nain y á Lázaro; á los muertos trabajando el día del Juicio por echar de sí las losas de sus sepulcros, á Adán apoyando la cabeza en el tronco de un árbol, mientras el Padre Eterno le está sacando de una de las costillas á nuestra madre Eva? ¡Ah! no sólo comprendió el arte de una manera material los hechos capitales del cristianismo; prostituido como todo lo de su época, apenas salió una vez del círculo religioso que no se dedicara á reproducir lubricidades.

que hoy hacen ruborizar á los libertinos. Las gárgolas, las sillas de coro, los capiteles, las claves de las bóvedas, los anillos y coronas de los cimborios, todo en las catedrales de aquellos tiempos está atestado de relieves en que no pocas veces se representa con vivos colores los más impúdicos excesos de lujuria. Cuando el arte pagano consagraba su ingenio á la reproducción de los escandalosos triunfos de Priapo y Venus, tenía cuando menos en su apoyo una creencia popular, favorecía los deseos del legislador, conspiraba á un fin social que no ha podido desconocer la historia; pero el arte cristiano ¿qué razón medianamente plausible podía aducir que cohonestase tanta licencia? En el seno de los mismos templos se reflejan los vicios de la época: ¿se quiere más pruebas de los frutos que dió el cristianismo? Para nosotros está juzgado lo que puede un sistema puramente religioso.

Es triste deber consignar que en el largo periodo de doce siglos no haya producido mejores resultados una doctrina que encierra en sí, aunque sólo en germen y muy confusamente, el porvenir del mundo; ¿podemos enmudecer ante las enseñanzas de la historia. La coexistencia de los dos principios ha sido funesta para los progresos del cristianismo.

Mas, ¿de tan dañosa influencia habrá sido el principio del dualismo que en toda la Edad Media no haya producido resultados benéficos? Los resultados benéficos los dejo consignados. He dicho que la humanidad ni retrocede ni se para, y nos lo confirma la serie de adelantos debidos en tan largo período á los efectos subversivos de esos mismos dogmas religiosos. Produjeron éstos el ascetismo, que, como llevo indicado, es además de estéril, pernicioso; y ¿á qué sino á las consecuencias de ese ascetismo se debe que hayan llegado hasta aquí los tesoros de ciencia y de poesía que sepultaron las frámeas de los bárbaros entre las ruinas del Imperio? Produjeron en los ánimos el desprecio de la vida, cierta exaltación que se confunde con el fanatismo; y ¿á qué sino á ese fanatismo debemos las Cruzadas, esa lucha colosal del Occidente con el Oriente, que sacudió de todos los espíritus el letargo en que yacían, minó por la base el poder feudal, arrancó acentos de libertad del corazón de los pueblos y dió movimiento á todas las naciones de Europa? Produjeron la división del poder en dos poderes que no podían menos de estar eternamente en lucha; y ¿á qué sino á esa lucha debemos que hayan podido romper los pueblos la espada de los barones

y moderar la tiranía de los reyes? Produjeron el individualismo; y ¿á qué sino á ese individualismo debemos que el hombre dejara de ser absorbido por el Estado? Es imposible dejar de reconocer que el progreso de la humanidad es ley indeclinable.

Fué antinómica la marcha de las sociedades europeas durante la Edad Media: ¿empieza á comprenderse el motivo?

II

La filosofía

La segunda fuerza que hubo, á nuestro modo de ver, en aquella Edad, fué la filosofía. La filosofía es la ciencia, es decir, el conocimiento racional y sistemático de lo que es, de lo absoluto. Abstracción de las abstracciones, origen de todo saber, síntesis de todos los principios de la razón humana, es aplicable y debe necesariamente aplicarse á todo: sin ella, imposible que haya en cosa alguna orden ni armonía. Es para nuestras adquisiciones intelectuales lo que la atracción en

la naturaleza: las une, las consolida, les da forma y consistencia. No sólo metodiza; define, determina, desenvuelve, completa. Fija lo vago, da luz á lo oscuro, elimina lo inútil. Es á la vez para las ideas reactivo y condensador, crisol y núcleo; es el paradigma á que se sujetan todas las producciones de la inteligencia.

Jesucristo, como llevo dicho en el párrafo anterior, no hizo sino sentar ciertos principios y deducir algunas consecuencias: no dió un sistema, dió sólo materiales para construirlo. La filosofía se encargó de completar la obra. Antigua como el mundo, llevaba consigo las grandes tradiciones de la humanidad, los resultados científicos que había obtenido el entendimiento en cada una de sus evoluciones, los desengaños sufridos durante más de treinta siglos: reunió en un solo cuerpo todos sus conocimientos, y se reorganizó sobre las bases que le ofrecía esa nueva manifestación de la actividad moral é intelectual del hombre. Se identificó con la nueva doctrina y marchó de lucha en lucha á la formación de un sistema universal y á la conquista de dos mundos.

No ignoro que muchos lo verán de otra manera. Se ha querido dar en todos tiempos importancia absoluta al cristianismo; y se

ha manifestado decidido empeño en presentarlo sin antelación ni sucesión en la historia del progreso. «El mundo antiguo, se ha dicho, estaba sumergido en las tinieblas: Jesucristo fué un rayo de luz que bajó del cielo para desvanecerlas. Habló el Salvador y enmudeció la sabiduría. Oyóse principios hasta entonces desconocidos, palabras que turbaron y desconcertaron la frente de los pensadores. Rasgóse el velo que oscurecía la verdad y regocijaronse los pueblos; más los filósofos, los doctores de la ley, los sacerdotes, se ruborizaron de vergüenza y preguntaron: «¿De dónde ha venido ese hombre? Los grandes maestros duermen hace siglos bajo el polvo de la tierra: ¿cuándo los ha oído? Los secretos que revela no están en nuestros libros—nuestros libros son letra muerta:—¿quién es ese Jesús que así conmueve el mundo?» ¡Desgraciados! No sabían comprender que Jesucristo era Dios, y resumía en sí toda la ciencia. Jesucristo no tenía necesidad de antecesores ni de maestros: era el principio y el fin de su doctrina, era un círculo luminoso fuera del cual no había sino tinieblas.»

Quisiera poder dejar en pie tan poéticas y brillantes creencias; las rechaza, no sólo la razón, sino también la historia. ¡Qué idea tan triste no deberíamos formar de la

humanidad si fuesen ciertas! En cuarenta siglos no habría adelantado nuestra especie un solo paso por el verdadero camino de la vida: los sublimes esfuerzos de los sabios de Oriente y Occidente habrían sido inútiles. ¡Dios de la razón y la justicia! ¿qué causas habrían podido entonces cohonestar vuestra cruel parcialidad con tantas generaciones? No: esto no es posible, es una alucinación producida por un ciego misticismo. Jesucristo no fué más que el continuador de los demás filósofos, uno de tantos ingenios como alumbraron el camino de perfección que sigue sin cesar la especie humana, un eslabón de esa larga cadena científica que empieza en los primeros siglos de la civilización é irá á perderse en el ocaso de los tiempos. No es cierto que, en el sentido que esto suele decirse, no haya tenido necesidad de antecesores ni de maestros: tuvo, como todo hombre, por maestros á todos sus mayores, por punto de partida todo el saber legado á la humanidad por generaciones de pueblos. Basta leer el Evangelio: á cada paso se ve reflejadas en sus páginas las sombras de Platón y de Zenón, la de Moisés y las de los esenios. Queda sin completar la doctrina; y no se la completa mientras no la desarrollan San Pablo y los demás apóstoles, San Agustín y los demás

padres de la Iglesia, el sínodo de Nicea y los demás concilios. San Pablo, los padres de la Iglesia, los concilios, se apoyan á su vez en los libros de los gentiles para verter luz sobre las grandes cuestiones que va suscitando el desenvolvimiento natural del sistema á que han consagrado su corazón y su talento. La ciencia es una como la razón de que deriva: no hay solución de continuidad en sus fenómenos. Se explican los unos á los otros; y es tan imposible desconocer los ya realizados al querer predecir los futuros, como prescindir de los de ayer para la explicación de los presentes. Para la ciencia, propiamente hablando, no hay tiempo, ó por mejor decir, no hay división de tiempo: es absoluta y abraza en lo que *es*, lo que *será*, lo que *es* y lo que *ha sido*.

Debo decir más. Siendo absoluta la ciencia y considerando en toda su extensión, como considera, la vida de la especie humana, se ha de estar formando constantemente sin que pueda llegar á su constitución definitiva. Los sistemas no son por lo tanto sino evoluciones de la inteligencia; el cristianismo no es sino un orden de ideas más ó menos estable. No puede examinárselo aisladamente; se lo debe estudiar en los filósofos que le antecedieron y le sucedieron.

Sobre este punto, para mí á lo menos, no

caben dudas: el más leve cotejo entre las ideas de Jesucristo, las de Platón, las de los estoicos, las de los esenios y las de los mismos padres de la Iglesia basta á ponerlo en evidencia. Voy á demostrarlo. La materia es larga y difícil; me esforzaré por ser tan conciso como exacto.

Platón es, sin disputa, el genio más imponente de la Antigüedad. La extensión y la profundidad de sus conocimientos, su manera de exponer, tan animada como brillante, su fuerza de intuición, lo severo de su carácter, le colocan dignamente al lado de los que más han contribuido á levantar al hombre. Fué discípulo de Sócrates; pero no se limitó á seguir las huellas de su maestro. Llevado de cierto afán por descubrir la verdad, visitó á los pitagóricos de la Grecia Asiática y á los sacerdotes de Egipto; recogió las tradiciones de Oriente, las analizó, las puso en armonía con sus propias doctrinas, y ensanchó hasta donde pudo su sistema, el más completo de cuantos había podido concebir la razón entre los griegos. No se ciñó á lo puramente moral, como Sócrates; penetró en el campo de la psicología, sondeó los profundos arcanos de la divinidad y explicó los destinos del mundo. «El orden del universo y las incesantes aspiraciones de mi alma me reve-

lan, dijo, la existencia de un sér superior que no puede menos de existir por sí y ser lo absoluto. Lo que existe por sí es forzosamente eterno; posee de toda eternidad las facultades que constituyen su esencia y su carácter. El mundo, tal como existe, ha tenido un principio; pero el pensamiento que lo creó debió coexistir con Dios y ser también eterno. Eternas como él hubieron de ser las ideas ó tipos sobre que se creó todos los seres del mundo. Dios es, pues, uno y trino, origen de todo conocimiento, fuente de toda belleza. El mundo es el reflejo de Dios.

«El hombre es cuerpo, pero también espíritu. El espíritu, que existe también por sí, forma parte de Dios mismo. Nuestra alma es, pues, una fuerza activa que ha de aspirar incansablemente á lo absoluto, considerar el seno de la materia en que vive como una cárcel, y volver por sus propios esfuerzos á la divinidad de que se la desprendió. Al unirse con el cuerpo, se degrada; pero conserva un poder espiritual que la arrebatara fuera del mundo y la restituye á su primitivo estado. Retiene los paradigmas de la creación, conoce por ellos el mundo, adquiere la conciencia de lo que fué, y suspira por verlos completamente puros. Conocedora de que las cosas no son sino velos que los cubren, los busca

más allá de la naturaleza, y concentrándose en Dios, prepara su rehabilitación para el momento en que la muerte rompa los vínculos que la atan á la tierra.

»Hay almas, que lejos de elevarse á la región de los paradigmas, se sumergen más y más en la materia. Serán estas almas eternamente infelices. No llegarán á conocer jamás la verdadera hermosura ni á gozar del bien supremo. Correrán tras bellezas impuras y se encenagarán en la lujuria: no disfrutarán sino de bienes pasajeros, cuya memoria constituirá más tarde su mayor desgracia. Sufrirán desesperados y dejarán la tierra sin ser más libres. No harán sino transmigrar de cuerpo en cuerpo. Bajarán toda la escala de los seres, pasarán de los racionales á los irracionales y languidecerán en el seno de la más vil materia.

»El bien supremo es Dios; sólo el espíritu puede satisfacer al espíritu. Hemos de buscarle incesantemente: el mundo es el camino, la razón el guía, el amor el estímulo. Enaltezcamos la razón, no degrademos el amor, emancipémonos, en lo posible, de la materia y dejaremos sin manchilla el alma. El verdadero amor está en nosotros: no debemos educar sino la razón, ese conjunto de ideas preexistentes de que no podemos adquirir

conciencia sino á medida que vamos distinguiendo las entidades hechas á su imagen. La razón es la fuente de todo conocimiento, el principio determinativo de todas nuestras acciones. Viciada, todo degenera y se corrompe: el amor pierde su encanto, la libertad perece, la virtud sucumbe. Vivimos sujetos á nuestras pasiones y somos esclavos del cuerpo, presa del vicio. Debemos cultivarla noche y día: es la que nos ha de abrir el templo de la ciencia, conducirnos á la mayor ventura y realizar nuestros últimos destinos.

»Hemos de aspirar al bien, y lo haremos inútilmente mientras no seamos libres. Por la libertad nos elevamos sobre la materia y llegamos á la virtud. Lleva la virtud consigo la sabiduría, la justicia, la fortaleza y la templanza; y si el espíritu permanece esclavo del cuerpo, sabiduría, fortaleza, templanza y justicia son inasequibles. Conviene, por lo tanto, que nos procuremos la libertad á cualquier precio, y no dejemos nunca de trabajar por el desarrollo de la inteligencia, sin la cual es imposible la libertad. Eduquemos sin tregua la razón; y la libertad y la virtud nos levantarán en brazos del amor al supremo bien, á lo absoluto.»

Estas levantadas ideas no forman en ninguna obra de Platón cuerpo de doctrina;

pero basta leerlas detenidamente para comprender que se enlazan y forman parte de un sistema. ¡Lástima que algunas veces las haya oscurecido el autor con sueños de poeta! Esta oscuridad ha sido causa de graves yerros y falsas interpretaciones; me lisonjeo de haberlas rectificado con sólo separar lo que es fruto del raciocinio de lo que es hijo de la fantasía.

No entra ahora en mi ánimo juzgar el sistema: lo reservo para ocasión más oportuna. Atendido mi objeto, conviene explicar antes las doctrinas de los filósofos que más contribuyeron á la formación del cristianismo: el valor de todos y de cada uno se desprenderá naturalmente de la simple contraposición de sus ideas.

No hacía medio siglo que Platón había muerto, cuando parecieron en Atenas los estoicos arrojando las iras de los escépticos. Los estoicos tenían por jefe á Zenón, hombre de carácter rígido y severas costumbres, pero enemigo acérrimo de todo sistema que pudiese llevar fuera del mundo las miradas de los hombres. Partieron de muy otros principios que los de Platón, puesto que consideraron igualmente eternos á Dios y la materia. «La materia, dijeron, es el principio pasivo de todo lo que existe; Dios, el princi-

pio activo. No hay acción, no hay forma, no hay nada definitivo que no proceda de Dios; pero Dios no es por esto un sér independiente de la naturaleza, es el principio y la ley constante de la naturaleza misma. El mundo debe su forma al fuego, que es Dios mismo; por el fuego ha de ser destruído. Fué creación de Dios, pero según leyes invariables, que son á la vez para el mundo la providencia y el destino. Nada hay contingente en el universo; todo es necesario.

»Tenemos un alma, un principio de vida; pero esta alma no es tampoco espíritu, sino cuerpo. No hay espíritus en el mundo: no hay sino seres incorpóreos, como el vacío el espacio, el tiempo, lo infinito. Lo que llamamos alma no es sino un aire ardiente, parte del alma del mundo, una individualidad que, como todo lo real, ha de morir más ó menos tarde. No es cierto que subsista después de la muerte: nos desvanecemos al morir en el seno de la materia de donde salimos.

»Esta alma, sin embargo, nos constituye hombres. Parece complexa; pero en realidad es una. Tiene su fuerza y su poder en la inteligencia, de la cual dependen los sentidos, la imaginación y la palabra. De la inteligencia derivan hasta nuestras voliciones: ¿á qué de-

terminación de nuestra voluntad no precede un juicio?

»Esta alma nos conduce al mayor bien posible. Si para todo hay leyes invariables, ¿por dónde podemos llegar al bien sino por el conocimiento de esas leyes? Es indispensable que empecemos por el estudio de nosotros mismos. Somos esencialmente racionales y esencialmente libres. Si contrariamos las necesidades de la razón ó de la libertad, nos oponemos á la ley de nuestro ser y corremos al abismo.

»¿Qué es la libertad? La independencia de cuanto pretenda imponerse á nuestras almas. Si nos apegamos á los objetos que nos rodean, y nos dejamos llevar de las pasiones y los deseos, la menoscabamos incesantemente y nos hacemos esclavos. Debemos mostrarnos indiferentes á todo lo del mundo, ser simples espectadores de las escenas de la vida, no anhelar cosa alguna, sufrir impasibles el destino, no ejercer la actividad sino en nosotros y hacernos inteligencias libres. Debemos, si deseamos ser perfectos, rechazar los bienes pasajeros y adquirir por lo sublime de nuestra impasibilidad derecho á concluir por una muerte voluntaria las luchas de la vida.

»¡Seamos ante todo libres! Seamos libres,

y no se nos extraviará nunca la razón, arreglaremos á sus eternas prescripciones nuestros actos, y llenaremos cumplidamente el fin de la existencia. Debemos huir del mal y perseguir el bien, y no hay más que un bien y un mal en el mundo: la virtud y el vicio. Practiquemos constantemente el bien, seamos fuertes, justos, templados, prudentes, y seremos felices. El ejercicio de la virtud es la mayor felicidad posible» (1).

Se acercaba mucho al materialismo esta filosofía de los estoicos, y giraba dentro de un círculo demasiado estrecho; pero dudo que sobre las mismas bases pueda fundarse otra que más enaltezca al hombre, ni más superior le haga á las miserias de la vida. No es extraño que, apesar de lo muy combatida, haya atravesado siglos y conquistádose el

(1) Esta parte de la doctrina de los estoicos la profesaba ya Antistenes, jefe de los cínicos. «Antistenes, dice Tenneman, fué virtuoso con exageración y con orgullo. Colocaba el supremo bien del hombre en la virtud, que hacía consistir en la abstinencia y las privaciones como medio de asegurar nuestra libertad y eximirnos de la dependencia de las cosas exteriores. Por este medio, según él, podía alcanzar el hombre la mayor perfección y la mayor felicidad posible, y llegar á parecerse á Dios.» (TENNEMAN, *Manual de la Historia de la Filosofía.*)

imperio del mundo: favorece la libertad, subleva el ánimo contra toda tiranía. Al nacer el cristianismo era la reina del Imperio; contaba entre sus adeptos á los más preclaros varones, y hacía resonar la tierra con la fama de sus altos hechos. Acababa de perder á Marco Tulio y á Caton, que se desgarró el pecho por no ver la ruina de la libertad de Roma; y había de tener pronto en su favor á Séneca, Epícteto y Antonino. Hubo de compartir sus conquistas con el epicureísmo y el platonismo; pero fué siempre la que más subyugó las inteligencias superiores y se llevó las almas enérgicas. Después del estoicismo, sólo el platonismo encontraba favor entre los pensadores; el epicureísmo, aunque cantado por algunos poetas, no era generalmente sino la filosofía del pueblo.

No merecía la doctrina de Epicuro el desprecio en que la tuvieron algunos escritores; era tal vez la que conducía á la más positiva ventura, dejaba más tranquilo el espíritu y podía desvanecer más los espectros del misticismo. Nos hacía apáticos y egoístas; retardaba el cumplimiento de nuestros grandes destinos; pero acallaba en cambio la ambición y nos enseñaba á contentarnos con los bienes de la naturaleza. Se la confundió con el aristipismo, y se la juzgó tan severa como

injustamente. No participo de esta opinión; mas no por esto me detendré en analizarla. El objeto que me propongo al exponer las doctrinas de los antiguos filósofos es ya conocido; un análisis de la de Epicuro no me conduciría á nada. El epicureismo no sólo no ejerció influencia alguna en la formación del cristianismo; fué la primera víctima del Evangelio.

Debemos trasladarnos á otro campo, á Oriente. El Oriente fué cuna del género humano y de la filosofía. La ciencia es allí antigua; los sistemas concebidos por sus primeros reveladores se pierden en la noche de los tiempos. No sería para mí de poco interés abrirlos y explicarlos; pero tampoco lo permite el fin de este humilde libro. Las teorías de la India se reflejan todas en los libros de Moisés; en los de Platón se reflejaron las de Egipto, que eran en el fondo las del Asia.

Al fijarme en Oriente, no pretendo sino hacer un corto bosquejo de las ideas más generales en aquellas comarcas por los tiempos en que se fué desarrollando el cristianismo.

El verdadero foco de la ciencia oriental era, á fines del siglo II de la Iglesia, Alejandría, ciudad para siempre célebre, cuya escuela produjo en dos siglos filósofos tan eminentes como Philón, Numenio de Apamea y el

místico Plotino. No pudo ejercer influencia en Jesucristo ni en los apóstoles; pero sí en los primeros padres que desarrollaron la doctrina de los Evangelios. Philón era judío. Vea como tal en la Biblia la única fuente del saber humano; pero, conocía los sistemas griegos, y procuró fundir las ideas de Platón con las del mosaísmo. «Hay, dijo, dos principios eternos, Dios y la materia. Dios es el sér; la materia el no sér, que debe á Dios la vida. No hay inteligencia capaz de concebir á Dios, pero le concebimos por una intuición que nos le revela como indestructible triada. Dios es la luz de la luz, una luz infinita, de cuyos rayos emanan todas las criaturas. Hay en él desde toda la eternidad un pensamiento que comprende las ideas de todo lo posible, y es el mundo mismo. No sin razón se le llama hijo de Dios y arcángel. No sólo es un reflejo de la divinidad; es el tipo del mundo sensible, el primitivo concepto sobre que ejerció el mismo Dios la fuerza de su palabra creadora y la energía de su poder fecundo.»

Extendió Philón su sistema á otra clase de conocimientos; pero al de la Trinidad principalmente consagró sus estudios. Numenio apenas hizo más que corregirle. «No existe sino un Dios, leo en sus obras; pero hay en

ese Dios tres entidades: la inteligencia, el demiurgos con relación á esa misma inteligencia y el demiurgos con relación al mundo. No son aparentemente sino dos; pero conviene recordar que casi todos los filósofos reconocieron en la segunda una doble existencia. El demiurgos fué para todos el pensamiento de Dios y el arquetipo de todo lo creado, el hijo de lo que es y el autor del Universo.»

Philón, Numenio, Ammonio, todos los filósofos de la escuela se dedicaron á definir la misma idea de la Trinidad Increada. Plotino, el más grande de todos, arrojó sobre ella resplandores notables. Dotado Plotino de imaginación ardiente, de entusiasmo sin límites, de rara profundidad de espíritu, todo lo abarcaba y resolvía. Buscaba fuera de su razón á Dios, y parecía penetrar en la esencia de ese sér incomprendible; bajaba al mundo, y descubría entre el mundo y Dios una cadena misteriosa en que dependían unas de otras las criaturas. Aspiraba incesantemente á la perfección, se lanzaba á las regiones de lo infinito y hacía los mayores esfuerzos por abismarse en lo absoluto. Contra su propio sentir fué de consecuencia en consecuencia al fatalismo. Su deseo de enlazar las ideas de Platón con las que adquirió en sus viajes

por Oriente le desvió de su camino y le precipitó á graves errores. Veamos su sistema:

«Dios, escribe Plotino, es la unidad, la conciencia de sí mismo, el pensamiento en acción, una entidad pura é inconcebible. Es la negación de todos los atributos que distinguen á los demás seres; es inextenso, indivisible, incapaz de movimiento y de reposo, sin cantidad ni calidad, sin razón, sin tiempo, sin espacio. Carece de voluntad: cree y mantiene lo creado; pero con sujeción á la idea de un orden inmutable.

»Considerado con relación al mundo, es á la vez la posibilidad y la realidad universales, la luz de que deriva todo sér por una limitación de lo infinito, la fuente inagotable de la virtud y el amor, el principio que determina nuestras facultades, la intuición por la cual le reconocemos al través de todos los seres. Es origen de todo y está presente en todo; contiene la vida y eternamente la derrama. Su existencia no es ni puede ser sino una creación perpetua.

»Mas esta creación perpetua ¿cómo se verifica? En la unidad que llamamos Dios hay tres principios: el sér, la inteligencia, el alma. Del sér emana desde luego, como del sol la luz, una inteligencia absoluta, que no tiene por objeto sino las ideas que la consti-

tuyen, y contempla y determina en la unidad lo posible, sin que cree todavía el mundo. Contiene la inteligencia á su vez otro principio, el alma universal, el pensamiento; principio que, á fuerza de considerar los objetos de la inteligencia misma, se derrama y crea en cada momento de su eternidad el Universo. No es ya esta alma una luz directa, sino refleja; no es ya la inteligencia, sino algo más oscuro; pero es el verdadero origen de todo movimiento y el principio vital del mundo. De ella procede todo sér corpóreo é incorpóreo, el espíritu que anima al hombre y la fuerza motriz que da vida á la materia, la naturaleza activa y la pasiva y cuanto nos rodea.

»Sin esta alma universal, ¿qué habría sido el universo? El universo no habría salido nunca del círculo de la inteligencia; habría sido un todo invariable, absoluto, indivisible en el tiempo y el espacio; un todo inmóvil, un sér con todas las cualidades negativas que distinguimos en Dios y la nada. Existe aún este mundo ideal; pero existe otro real, y sólo al alma universal se debe.

»Este mundo real es, sin embargo, imagen del primero; los seres que lo constituyen, ideas de la inteligencia vivificadas por el pensamiento, instantes de ese pensamiento

que llamamos alma. Todos contienen en sí la unidad y la multiplicidad, todos encierran y comparten la vida de lo absoluto. Viven, no sólo los seres orgánicos, sino también los inorgánicos; viven la tierra, el mar, el mundo. El aire, el agua, el fuego viven también y animan hasta cierto punto otros objetos; son principios plásticos inherentes á la materia.

»Todo vive en el universo, todo es uno y múltiple; y todo, por consiguiente, divisible. Indivisible no lo es sino el alma, sér inextenso, sustancia simple fuera del alcance de la muerte. El alma no es cuerpo aunque esté identificada con el cuerpo; sufre modificaciones, pero sin que pierda nunca las cualidades del espíritu. Emanación del bien, aspira al bien y se desprende de lo finito, se abstrae, se sobrepone á los impulsos de la carne y lucha sin tregua por volver al manantial de que deriva. Deja algunas veces esta aspiración sublime y obedece á la materia, cuyo simple contacto no pudo menos de viciarla; pero recobra por la contemplación sus naturales tendencias, y ni aun en su mayor envilecimiento pierde la conciencia de su destino. Es árbitra de su propia suerte: aunque hay en el mundo males necesarios, puede, por la virtud, vencerlos y lanzarse á lo infinito. Basta que siga su propia naturaleza

para que llegue á la hermosura, al bien, á la perfección absoluta. Sígala y volverá á la vida del sér puro, apenas rompa la muerte el lazo que la une al mundo de los sentidos.»

Difiere en algo de los filósofos griegos este profundo pensador de Egipto; pero en el fondo profesa la doctrina de Platón, modificada por las ideas orientales y traída á mayor desarrollo. Es Plotino el verdadero representante de lo que se llamó después neo-platonismo. Lo introdujeron antes Numenio y Philón; le dió él color y forma. Dejó algo en la vaguedad y el misterio, sentó hipótesis que no demostró, estableció proposiciones insostenibles; en cambio, determinó mucho mejor que Platón la unidad y la trinidad de lo absoluto, las evoluciones de los arquetipos, la esencia de lo accidental y lo inmutable y la creación del mundo, sin que tuviera entre sus muchos sucesores uno solo que se atreviese á romper el círculo á que había circunscrito la ciencia. Le siguieron huella tras huella sus discípulos. No hicieron realmente Jámblico y Proclo sino exagerar y mistificar esas mismas ideas, envolviéndolas en una teurgia incomprendible.

Plotino vivía en el siglo III de la Iglesia; conviene que retrocedamos al tiempo en que nació Jesucristo. No conocemos aún el esta-

do de la filosofía entre los hebreos, y es indispensable que lo conozcamos. Los hebreos eran, según el cristianismo, un pueblo escogido de Dios, que había marchado hasta entonces á la cabeza de las naciones, dirigido por la luz que brillaba en la frente de sus patriarcas y profetas. En la época á que me refiero tenían ya ideas más ó menos fijas sobre todos los problemas de la vida. Con ellos nació y se educó Jesucristo, y no es creíble que no participase de las opiniones del judaísmo.

Estaban los hebreos divididos á la sazón en tres principales sectas: los saduceos, los fariseos y los esenios; sectas que tenían por base común la ley mosaica y no por esto dejaban de vivir en completo antagonismo. Los saduceos eran materialistas; los esenios, espiritualistas; los fariseos, eclécticos. Atacó Jesucristo principalmente á los fariseos, no porque distasen más de sus ideas, sino porque dueños absolutos del país, pensaban exclusivamente en conservar sus instituciones y aborrecían las reformas. Los fariseos creían cuando menos, en la Providencia, afirmaban que no moría el alma, reconocían la unidad de nuestra especie, admitían la existencia de una vida futura y abrigaban algunos sentimientos de caridad y de concordia. No eran

de mucho como los saduceos, que profesaban un verdadero ateísmo. Estos ponían en el hombre la causa y el fin de todo, y hacían del hombre el origen del bien y el mal en la tierra. Rechazaban toda idea de una vida de ultratumba, prescindían de la humanidad, atendían solo al individuo, y más bien se aborrecían que se amaban. Los enemigos del Evangelio eran naturalmente esos hombres anti-sociales, sin vínculos de fraternidad y sin aspiración alguna al bien supremo. Aunque no por sus creencias, debían de serlo también los fariseos. ¿Qué importaba que aceptasen ciertos dogmas, si no los seguían? Dueños de la riqueza, del gobierno, de la ciencia, constituían una teocracia y una aristocracia poderosas: eran el mayor de los obstáculos para el triunfo de una doctrina que virtualmente negaba toda división de clases.

Los esenios eran casi cristianos. No seguían del todo la teodicea del Evangelio: tenían acerca de la vida futura nociones que parecían tomadas de la filosofía de Platón y los poemas de Virgilio: observaban costumbres supersticiosas que no podía tolerar la nueva filosofía; pero, no sólo aceptaban los dogmas fundamentales del cristianismo, sino que también los habían llevado á la última de las consecuencias. Hase creído en

nuestros días que salieron de esta secta San Marcos y Jesucristo, y permiten sospecharlo, por una parte la conformidad de creencias, por otra el silencio que sobre ella guardaron los mismos que combatieron con energía el saduceísmo y el fariseísmo.

La creencia capital de los esenios era la unidad divina. «No hay más que un Dios, declan, y todos somos sus hijos. Dios es la Providencia del mundo; todo lo que ha de suceder está escrito, y sería temeridad en el hombre rebelarse contra la suerte.»

Distinguan en todos los seres racionales espíritu y materia, y añadían: «El cuerpo es de suyo corruptible; el alma, eterna. El alma, éter sutil que bajó al cuerpo atraída por misterioso encanto, se siente en él como en su cárcel: apenas rompe la muerte los lazos que al cuerpo la unen, vuela con gozo y cruza libremente los espacios. Si habitó en las carnes de un justo, goza de una región sita más allá del Océano, que las templadas brisas del mar cubren perpetuamente de hojas y flores; si en las de un malvado, se hunde para siempre en cierto lugar profundo y tenebroso, donde rugen con furor los elementos y no se agotan los suplicios.» Merced á tales creencias, llevaban austera y santa vida.

Trabajaban todos para cada uno y cada uno

para todos, vestían el mismo traje, comían en la misma mesa y no reconocían otro poder que el de los ancianos. Despreciaban la navegación y el comercio, consagraban exclusivamente sus fuerzas á los trabajos de la agricultura, aborrecían todo estudio que no tuviese inmediata aplicación á sus necesidades y usos. No se creían con derecho á castigar, y no castigaban. Hacían pasar al neófito por tres años de prueba, excluían de la comunidad al iniciado que cometiera la más leve falta. Eran frugales y rígidos en todas sus costumbres: se despojaban de todo lo que no creían necesario, comían una vez por día, empleaban sus horas de ocio en abluciones y plegarias. En sus viajes no llevaban cosa alguna consigo: confiaban en el hospedaje de sus hermanos. No veían en el hombre derechos, sino deberes: educaban por deber á los niños, los fortalecían por deber en los principios de su secta y ejercían por deber sus facultades en provecho del prójimo. Aceptaban la vida contemplativa, pero no la tenían por base de sus instituciones; observaban muchos el celibato, pero admitían en sus comunidades á la mujer y la familia; se entregaban á la oración y á la lectura de la Biblia, pero sin olvidar nunca el trabajo, único medio de que disponían para cubrir

sus atenciones. Eminentemente prácticos, se habían propuesto, á lo que parece, crear un sistema á la vez social y religioso. Querían establecer en la tierra la igualdad absoluta, y lo dirigían y sacrificaban todo al cumplimiento de este fin sagrado. A realizarlo encaminaba la religión, la moral y las costumbres. No asistían al templo de Jerusalén: se limitaban á enviarle ofrendas.

Cometieron graves errores. Hicieron intervenir en todo la Providencia y cayeron en el fatalismo; se dejaron llevar del espíritu de secta y guardaron y ocultaron lo que debían haber difundido por el mundo; condenaron los estudios puramente especulativos y detuvieron la marcha de la ciencia. Favorecieron más el desarrollo del corazón que el de la inteligencia; no satisficieron de mucho la triple actividad del hombre. ¿Podemos, con todo, desconocer sus adelantos? Seguían, como he dicho, á Moisés: ¿no es de admirar que llegasen á grandes resultados, partiendo de una doctrina en que descansaban el egoísmo de los fariseos y la impiedad de los saduceos? ¿En qué se distinguían de los cristianos, que durante los primeros siglos de la Iglesia vivieron en las Catacumbas? ¿En qué se distinguen de los cuákeros, de los moravos ni de otras sectas cristianas que adoptaron el

principio de la fraternidad por regulador y móvil de su vida práctica? No me atrevo á decir que estuviese escrito ya el Evangelio en la frente de aquellos israelitas; lo cierto es que no los puedo recordar sin que vea la figura de Jesucristo destacándose brillantemente del fondo oscuro de sus comunidades. No sería aún el sol del cristianismo la doctrina de esos hombres; ¿cabe dudar que fuese el alba?

He llegado, por fin, á lo más importante y difícil de este segundo párrafo: debo examinar de nuevo el cristianismo. ¿Fué el Evangelio doctrina original ó derivada? ¿Fué la ciencia ó una de sus evoluciones?

Para mí no fué más que una evolución: voy á probarlo. ¿Qué es Dios para los cristianos? Dios es para los cristianos un sér absoluto que tiene conciencia de sí propio, como el Dios de Plotino: la trinidad en la unidad, como el de los filósofos de Alejandría, el de Platón, el de los sacerdotes de Menfis, el de los brahmanes de la India y el de casi todos los pueblos de Oriente; la Providencia que rige los destinos del universo, como el de los estoicos y el de los esenios. La primera hipóstasis de la divinidad es el sér mismo: ¿cuál es la segunda? Es, según los mismos cristianos, la palabra interior del

ser, el Verbo, es decir, el Logos de Platón y de su escuela. San Juan dice, como Platón, que nada se hizo sin el Verbo, que en él está la vida, que el mundo está contenido en él, y él en el mundo. No sólo es la vida, dicen ambos, sino también la luz y la inteligencia que alumbran á todo hombre que viene á la tierra. ¿Convienen los dos de igual modo en la naturaleza de la otra hipóstasis? Ambos la dejan igualmente vaga é indefinida. Tardó siglos en determinar el cristianismo la naturaleza de esa última faz de Dios. Se convino al fin en considerar al Espíritu como fruto del amor que debía nacer de la mutua contemplación de Dios y el Verbo; mas ¡qué de veces no vacilaron antes de llegar á esta conclusión los Santos Padres! El Espíritu era el que había bajado en lenguas de fuego sobre la cabeza de los apóstoles y había de latir eternamente en el seno de la Iglesia: más que como hijo del amor, parecía lógico mirarle como hijo de la inteligencia de Dios. El mismo Evangelio le llamó alguna vez Espíritu de verdad: los Apóstoles y los Pontífices le atribuyeron la elocuencia con que dominaron los imperios de la tierra. Se le cree hijo del amor, pero se le supone y se le supuso siempre, no con las cualidades del amor; sino con las del entendimiento. Platón, lo he

dicho ya, dejó este punto algo envuelto en las tinieblas. Si, con todo, se penetra en el sentido de sus palabras, se observa que tampoco distinguió otro género de facultades en la tercera determinación de su entidad increada. La segunda hipóstasis de lo absoluto, vino á decir, es el pensamiento en su virtualidad; la tercera, el pensamiento realizado y concreto.

Son evidentemente, si no idénticas, conformes las ideas de este filósofo y las del Evangelio. Fué más allá el Evangelio, ya que vió en cada hipóstasis toda la divina triada, admitió como entidades las que hasta entonces habían sido sólo fases de una misma idea, las dió cuerpo y forma, las bajó á la tierra, y las hizo visibles á los pueblos; mas no alteró lo que constituía esencialmente la doctrina de aquel gran pensador y sus discípulos.

Veamos ahora qué son el mundo y el hombre según el Evangelio. El mundo del Evangelio, como el de Platón, es la realidad del pensamiento divino, la obra del Verbo, la imagen de otro mundo ideal, concebido *ab eterno* por lo absoluto. No es Dios, pero tiene su raíz en Dios; no está en Dios como mundo sensible, pero sí como mundo inteligible. El principal sér que lo habita es el hombre, y el hombre está hecho á semejanza de

Dios. No es perfecto como el sér que le ha creado: siente contrarias inclinaciones y vive consigo en perpetua lucha; aspira á la ciencia y no puede rasgar del todo el velo que se la encubre; conoce el bien, tiende al mal y está sujeto al dolor y la muerte; pero no es imperfecto en sí, no lo es sino accidentalmente por una grave falta de sus primeros padres y la maldición de Dios sobre ellos y sus descendientes. Cuenta por otra parte medios de rehabilitarse, y puede y debe, implorando la gracia de Dios, recobrar por sus propios esfuerzos su primitivo estado. Para ello ha de poner todo su ahinco en vencer la materia, su capital enemigo. Esclava del cuerpo el alma, se embrutece: libre, salva el espacio, vuela á Dios y concilia en sí lo finito y lo infinito. El hombre debe pensar ante todo en libertarla.

No indicó Platón los motivos de esta caída, pero admitió el hecho y por él determinó los deberes y el fin moral del hombre. Disintió en los medios de llevar á cabo la regeneración del alma, creyó que estaban todos en el hombre y no sospechó siquiera que para conseguírsela hubiese de encarnarse el Verbo en el seno de una virgen y morir en el cadalso; pero conviene observar que disintió sólo en los medios. El filósofo griego

decía al hombre: «enaltece tu razón, síguela y subirás por el amor á lo infinito;» y Jesucristo «oye la palabra del Señor, no le cierras nunca los oídos y subirás por el favor de Dios al cielo;» pero ambos le decían: «eres espíritu y debes elevarte á la región de los espíritus, levántate del abismo en que caíste.» Nunca identidad, pero siempre cierta semejanza en las doctrinas.

Sostiénesese hoy que donde mostró Jesucristo mayor originalidad fué en la parte moral de su sistema. Tomó, dicen, la caridad por base y abrasó en amor el mundo. Enlazó en nuestro corazón á Dios y al hombre: los hizo el objeto exclusivo de todo pensamiento y todo sacrificio. Extirpó el egoísmo y la venganza; llevó al hombre á que volviera bien por mal y perdonase al enemigo. No admitió diferencia de castas ni de pueblos, predicó la igualdad, prometió que ensalzaria á los humildes y abatiría á los soberbios. Consideró hijos de Dios á todos los hombres y los hizo hermanos.

Nadie como Jesucristo supo realmente inspirar en tiempo alguno esa caridad ardiente que nos hace arrostrar la miseria, el dolor, el peligro, la orfandad, la muerte. Nadie como él supo iniciar el reinado de la justicia y encender en cada pecho una esperanza.

Cada una de sus palabras era una gota de rocío que abría el cáliz de una ilusión marchita; cada uno de sus hechos, un soplo que levantaba las cenizas de medio apagados sentimientos. Mas ¿no ajustaban los esenios á idénticos principios todos sus actos? Vivían en los alrededores de Belén, en los de Jerusalén, á lo largo de las orillas del mar Muerto: ¿no los conocería Jesucristo? Constitufan una de las tres sectas judaicas, y es sabido que las tres luchaban hacia siglos: ¿ni el rumor de la lucha habría llegado á los oídos del Mesías? Conocíase en todas partes á los primeros cristianos con el nombre de esenios, y esenios y cristianos vivían en común y sostenían que eran una en el fondo la ley de Moisés y la de Jesucristo. Está á mis ojos fuera de duda que el cristianismo nació del seno de aquellas comunidades. Todas las palabras, todos los hechos de Cristo lo confirman. Para hacer más visible la necesidad de una regeneración moral, ¿qué introdujo este innovador sino una de las ceremonias de los esenios, el bautismo? Cuando ya próximo al sepulcro quiso manifestar de una manera sensible la comunión que debe reinar entre los hombres, ¿á qué recurrió sino á otro rito de los esenios, la eucaristía? Fundado siempre en la caridad, predicó el desprecio

de las riquezas, el olvido de las injurias, la serenidad en los peligros, la calma en el dolor y la amargura: cosas recomendadas y aun practicadas todas por los esenios.

No, no es cierto que viniese Cristo á crear nuevos dogmas; no vino sino á desarrollarlos y generalizarlos. Los dogmas existían: él no hizo más que depurarlos, darles vida y arrojarlos desde la cruz al mundo. No sólo existían entre los esenios; existían más ó menos confusos en la frente de todos los filósofos y en el corazón de todos los pueblos. Platón había ya indicado el amor como único medio de llegar al cielo. Cicerón hablaba de vínculos que debían unir á todos los hombres. El pueblo de Roma aplaudía con furor los versos en que dejaba entrever Terencio la solidaridad de nuestro linaje. Hasta el sacerdote pagano creía en la unidad de nuestra especie; hasta los que después combatieron más encarnizadamente el cristianismo, esperaban una palingenesia moral, y vivían preocupados por las tradiciones de Oriente.

Se me acusará de impío; pero ¿no dijo acaso Jesucristo: no vengo á destruir la antigua ley, sino á cumplirla? ¿No confiesa él mismo haber enviado á sus apóstoles á segar lo que no sembraron? ¿No leemos en San Juan: la ley nos fué dada por Moisés; la gracia y la

verdad por Jesucristo? Podía, si hubiese querido, prescindir de cuanto he dicho para robustecer mis asertos. La doctrina de los esenios, como la de Jesucristo, está toda en Moisés: brota del seno de la Biblia, como de un manantial fecundo. El «amaos unos á otros» del Evangelio resuena en los cantos de todos los profetas; la unidad de la especie humana y la de Dios son allí dogmas.

Quiero suponer que no hubiese habido un Sócrates, un Platón, una escuela estoica: resultaría siempre demostrado que el cristianismo no fué en su parte moral sino una evolución necesaria del humano entendimiento. Lo fué hasta en las ideas que hizo concebir acerca de una vida futura, una resurrección, un juicio final, un paraíso y un infierno, cosas sobre que Moisés guardó silencio. Hase creído durante siglos que en todo lo relativo á la vida futura, Jesucristo habló de una existencia más allá del mundo; hase sostenido después que Jesucristo llamó vida futura á la regeneración social del hombre. Nada importa el cambio: encuentro confirmada mi opinión, cualquiera que sea el sentido que demos á sus palabras. ¿Quiso Jesucristo referirse á un cielo imaginario, donde las almas habían de recibir premio ó castigo? Sus ideas

fueron entonces las de los esenios, las de todos los poetas de la Antigüedad, las de muchos filósofos griegos y romanos, las de ese mismo pueblo que acababa de extender la espada sobre las ciudades de su patria. ¿Quiso referirse á una palingenesia social, á una renovación de la tierra manchada aún por el crimen de nuestros padres y la sangre de sus hijos? Siguió entonces una de las ideas más antiguas y más generalmente esparcidas por todas las naciones de Oriente y Occidente. La fe en las revoluciones periódicas del globo era universal; se creía próximo uno de esos trastornos destinados á restituir á la tierra su primitiva fecundidad y su hermosura, al género humano su primitiva paz y su justicia. Los acentos del que había cantado en sus *Metamorfosis* el fin del mundo y los del que en una de sus églogas había distinguido el alba del nuevo reinado de Saturno, resonaban aún en la ciudad de Roma (1). Apo-

(1) *Esse quoque in fatis reminiscitur, affore tempus
Quo mare, quo tellus, correptaque regia cœli
Ardeat, et mundi moles operosa labore.*

OVIDII, *metamorph.*, lib. 1.

Ultima Cumæi venit jam carminis ætas;

yados los judíos en los textos de sus profetas, no sólo aguardaban esa feliz época; clamaban al cielo por que les enviase el Mesías. Los pueblos todos abrigaban más ó menos la esperanza de que el aliento de Dios ó la fuerza misma de las cosas destruyesen el mal sobre la tierra.

Podría, siguiendo este segundo examen del cristianismo, extenderme á nuevas consideraciones; pero doy por cumplido mi objeto. Pasaré ahora rápidamente por la filosofía de los padres de la Iglesia. He dicho que desarrollaron el cristianismo empuñando la antorcha de la ciencia antigua, y voy también á probarlo.

Hubo entre los padres de la Iglesia hombres de talento que miraron la filosofía como estéril y aun perniciosa, pero muy pocos. Los más la creyeron en perfecta ar-

*Magnus ab integro saeculorum nascitur ordo;
Jam redit et virgo, redeunt Saturnia regna.*

(VIRGILII, *eglog.* IV.)

El fin del mundo estaba también anunciado por Terencio.

*Una dies dabit exilio, multosque per annos
Sustentata ruet moles et machina mundi.*

(*De rer. nat.*, lib. V.)

monía con el Evangelio, y la consideraron preparación del cristianismo. Algunos hasta sostuvieron, con San Justiniano el mártir, que la ciencia y el cristianismo derivaban de una misma fuente, diciendo que aquella procedía de la revelación verificada en la conciencia de cada hombre por medio del logos, ó lo que es lo mismo, el Verbo. Subordinaron todos la filosofía á la teología, negaron á la razón la suprema importancia que le dieron los filósofos platónicos, convirtieron en dogmas indestructibles las palabras del Evangelio; mas no lograron nunca el triunfo del supernaturalismo, ni pudieron jamás prescindir del movimiento intelectual á que Platón dió origen. Fueron á la vez, mal de su grado, supernaturalistas y racionalistas.

Representáronse al principio á Dios como un sér definido en el espacio y el tiempo. Tomaron á la letra las brillantes descripciones de los profetas y las fantásticas pinturas del Apocalipsis y le dieron forma; pero depuraron más tarde esta idea sensual, le concibieron, de igual modo que Platón, como lo infinito y lo absoluto, y aseguraron con Plotino que sólo por intuición le podían ver los místicos. A los ojos de San Agustín, que vivía en el siglo V, era ya Dios un sér necesario,

origen de toda perfección, manantial de todo bien, creador del mundo, verdad y ley eterna de justicia; ideas que, según él, hallaba el hombre en su entendimiento antes de todo raciocinio. ¿En qué difiere ya ese modo de apreciar á Dios del de los filósofos de Alejandria? Hablando de Dios fueron neoplatónicos casi todos los padres de la Iglesia. Le identificaron con el bien supremo, y le presentaron como el único objeto digno de nuestras aspiraciones. Dios es la inteligencia, había dicho ya en el siglo II San Clemente: sólo en la contemplación de Dios está nuestra ventura. Repitiólo en el siglo III Orígenes; dos siglos después, ese mismo San Agustín de que antes dije. Abrazaron los Padres esta doctrina, la siguieron calurosamente y la arraigaron en el corazón de los pueblos. De esos hombres derivó en gran parte el exagerado ascetismo de la Edad Media. El platonismo favoreció aquí la aplicación del principio del dualismo; y el dualismo empezó entonces á dar sus tristes resultados.

Definida la idea de Dios, bajaron los padres de la Iglesia al mundo, al hombre: ¿dijeron tampoco algo que la ciencia no hubiese dicho? Se separaron de los neoplatónicos al decir que el mundo había salido de la nada; pero opinaron con los neopla-

tónicos al decidir si era temporal ó eterno. Se separaron de los neoplatónicos al decir que el alma era corpórea; pero opinaron con los neoplatónicos al reconocer con Nemesio y San Agustín que era espíritu. Se separaron de los neoplatónicos al establecer como principio que la libertad es condición subjetiva de los actos morales del hombre; pero opinaron en cierto modo con los neoplatónicos al admitir la predestinación y la gracia. Como los neoplatónicos, destruyeron la libertad del hombre, aunque se esforzaron en conciliarla con la presciencia de Dios. Rechazaron algunos durante años la influencia de principios que conducían á tan funestas conclusiones; y se dejaron llevar al fin á terribles consecuencias. Es ya conocido el temple de alma de ese celoso obispo de Hippona, que fué la maza de Hércules para los herejes de su siglo. Defendió por mucho tiempo el libre albedrío y lo señaló como uno de los medios para subir al cielo; lo abandonó después negándonos la facultad de hacer el bien sin la gracia de Jesucristo. No le arrastraron al fatalismo las mismas causas que á los neoplatónicos; pero al fatalismo fué bien ó mal de su grado. Antes como después de este hecho, fué uno de los escritores que más se acercaron á Plotino.

En la moral preceptiva no siguieron ya estrictamente los padres de la Iglesia á los filósofos de Atenas ni de Alejandria. Dueños de la ley de Moisés, de las tradiciones de los esenios y de los libros de los Evangelistas, códigos todos llenos de reglas para la vida, no tuvieron por qué buscar nuevos mandatos en la ciencia del paganismo. Recogieron palabra por palabra las de Jesucristo, y con una energía de que se hallan pocos ejemplos, empezaron desde luego á inculcar el amor como ley de las futuras sociedades. Hicieron de la caridad uno de los más sagrados deberes, y desplegaron toda su elocuencia contra los que pudiendo cubrir las carnes del mendigo, preferían engalanar con lujosas mantillas sus caballos, dejar podrir el trigo en sus graneros, henchir sus arcas y consumir en el vicio sus tesoros. Combatieron la codicia, condenaron terminantemente la usura y hablaron contra la riqueza, que San Pablo había considerado ya como el principal origen de nuestros males. Llevados de su santo celo, no respetaron ni aun la propiedad de la tierra: calificaron de infieles á la ley de Dios á los propietarios, sosteniendo que la tierra, patrimonio de la humanidad, no podía estar bajo el dominio de ningún hombre. Como los esenios, sentían incesante anhelo por la co-

munidad de bienes: la miraban como el fin social de la religión que defendían. Trabajaban por constituirla, y no vacilaban en remover y destruir los cimientos de sociedades que, como establecidas sobre el privilegio, les parecían ilegales é insostenibles (1). Aceptaron como cosa agradable á Dios el sacrificio de nosotros mismos, batieron palmas en honor de los mártires. Recomendaron la calma

(1) Algunos de estos hechos podrían parecer dudosos: voy á reproducir algunos pasajes de los SS. Padres contra la riqueza, la avaricia, la usura, la propiedad, etc. «He aquí la idea que debemos formar de los ricos y los avaros, dice San Juan Crisóstomo: son ladrones que asaltan los caminos públicos, despojan á los pasajeros y convierten sus casas en cavernas donde ocultan ajenos tesoros.» (*De Lázaro*, concio I.) «¿Dirás que no eres ladrón tú que haces exclusivamente tuyo lo que recibiste para comunicarlo y distribuirlo á tus semejantes?» pregunta San Basilio. (*De avarit.*) «Lo que damos á los que padecen necesidad, no es nuestro, sino suyo,» añade San Gregorio el Grande. (*Reg. past.*, página 3, c. xxii.) «El que pretenda hacerse dueño de todo, poseerlo todo y excluir de la tercera ó de la cuarta parte á su prójimo, no es un hermano, sino un tirano. Es un hombre cruel, un bárbaro, una fiera cuyas fauces están siempre abiertas para recibir y devorar el alimento de los pobres,» dice San Gregorio de Niza.

«Todo el que posee la tierra es infiel á la ley de Jesu-

en las tormentas de la vida. Inculcaron el desprecio de los goces materiales, y pintaron con vivos colores el envilecimiento del hombre al hacerse esclavo del vicio y obedecer á su organismo. Miraron la castidad como la mayor de las virtudes, enaltecieron la mujer, le captaron el respeto y la veneración del hombre, buscaron camino de emanciparla y la consolaron con la esperanza de futuros bienes. Prescribieron la sinceridad, la

cristo,» hallo en San Agustín. (*D. Agustini de contemptu mundi*, tract. 9, cap. 11.) «La tierra fué dada en común á todos los hombres, exclama San Ambrosio: nadie puede llamarse propietario de lo que le sobre después de satisfechas sus necesidades. Lo sacó del fondo común, y sólo por la violencia puede conservarlo.» (*Serm.* 64. *in Luc.*, cap. xvi.) «Dadlo todo á los pobres y emplead esos bienes de iniquidad en haceros amigos que os reciban en tabernáculos eternos,» dice San Jerónimo en una carta á Juliano.

«¡Hombre codicioso, vuelve á tu hermano lo que le arrebataste injustamente!» dice San Gregorio de Niza al usurero. (*Orat. cont. usurarios.*) «¿Hay algo más escandaloso, exclama San Juan Crisóstomo, que pretender sembrar sin campos, sin lluvia y sin arado? Los que se entreguen á este género de agricultura no recogerán sino cizaña para el infierno.» (*Homil.* 57 *in Matth.*)

Podría multiplicar las citas; creo que basten éstas en apoyo de lo que dije.

buena fe, el desprendimiento, la humildad, la pureza del corazón y del espíritu.

Hay verdaderamente en esta doctrina algo que no dijeron los filósofos del paganismo: hay, sobre todo en la manera de enunciarla, una valentía y un atrevimiento nada comunes ni aún en la historia de las sangrientas revoluciones que hace un siglo agitan el suelo de Europa. Mas aun prescindiendo de lo que haya podido influir en el ánimo de esos escritores el deseo de generalizar las ideas de los esenios, no cabe dudar que esta misma parte moral era un reflejo más ó menos pálido de la ciencia antigua. No lo era ya del neoplatonismo, pero sí del estoicismo. ¿Qué sería sino un estoico el que trabajase constantemente por emancipar el espíritu de la esclavitud del cuerpo? ¿el que contrariase todos sus apetitos y se mostrase indiferente á los goces de la vida? ¿el que sin derecho á quejarse hubiese de humillar la cabeza bajo la inescrutable ley de su destino? El varón cristiano y el estoico no difieren bajo el punto de vista moral sino por el fin á que encaminan sus actos. Toma el estoico por término lo que el cristiano por medio de llegar á lo absoluto: ve el cristiano su objeto final en Dios y el estoico en el hombre. Jesucristo había dicho en el sentido de los es-

toicos «*estote liberi,*» sed libres. Los Padres de la Iglesia, partiendo de estas palabras, quisieron determinar parte de los deberes del hombre, y cayeron, como no podían menos de caer, en ese adusto sistema de Zenón, que, como llevo indicado, era, á la venida del cristianismo, el que prevalecía en las inteligencias de Occidente. Admitieron de los estoicos hasta la división de la virtud en cuatro virtudes cardinales, división que vimos ya en la doctrina de Platon y en la de sus discípulos; se esforzaron con el mismo calor que los estoicos por demostrar que sólo en la virtud está el camino del bien y la verdadera dignidad del hombre.

Tomaron los padres de la Iglesia, ya de los estoicos, ya de los esenios y los neoplatónicos; ¡tan cierto es que en la marcha del género humano hay siempre continuidad de ideas!

Después de esta rápida ojeada sobre la doctrina de los padres de la Iglesia, falta que abrace de otra lo que se conoce en la historia de la ciencia con el nombre de escolástica. La escolástica empieza en el siglo XV: es indispensable apreciar su naturaleza y sus efectos. ¿No es acaso la Edad Media la época á cuyo estudio he consagrado este humilde escrito?

La escolástica no es, propiamente hablando, un sistema filosófico; no es más que un método, una aplicación de la dialéctica á la teodicea y la moral del Evangelio, una especie de fuerza plástica con que se va dando forma al cristianismo. No pretende inquirir la verdad, sino exponerla. Admite por completo la revelación, y se limita á razonar sobre el dogma. Piensa, reflexiona y medita siempre dentro de un mismo círculo de ideas. Vuelve la vista á la Antigüedad y la examina; pero sin confirmar por ella sino proposiciones que considera axiomáticas. Toma á Dios y el mundo inteligible por constante objeto de sus estudios, y cuestiona sin tregua sobre los atributos que esencialmente los distinguen.

Ejercita el espíritu, rectifica el pensamiento, determina y aclara las ideas ontológicas, da ojos á la fe, valor al dogma; pero, detenida continuamente por la ortodoxia, da escasos frutos. No encontrando, á poco, suficiente espacio en que moverse, se hace sin sentirlo, frívola, pueril, amiga de distinciones y sutilezas. Mira con desdén los conocimientos verdaderamente útiles, rechaza la naturaleza y la historia, debilita el sentido práctico del hombre, olvida y hace olvidar las supremas condiciones de la cien-

cia. Establece el imperio de la autoridad, conduce al mal gusto, sacrifica la verdad al prurito de mostrar ingenio, y vuelve mil veces sobre una cuestión si le permite desplegar mayor lujo de argumentos y mayor destreza. Se apoya en la lógica de Aristóteles, y aun á la lógica de Aristóteles comunica su carácter y su monotonía. Sujeta el raciocinio á determinado número de fórmulas, saca de una misma fuente las pruebas para sus tesis, y, con el fin de favorecer el movimiento intelectual de su época, multiplica sus laberintos silogísticos y sus juegos de palabras.

Se impone, apesar de sus defectos, á casi todas las inteligencias y lo sojuzga todo; pero no sólo lleva en sí el principio revolucionario que ha de matarla, sino que también lo alienta, lo fecunda y le facilita armas con que destruya el muro levantado en torno del entendimiento. Quiere explicar las doctrinas reveladas, y enciende una guerra inextinguible entre la razón y la fe, la autoridad y el libre examen, el catolicismo y la herejía. La razón, que se siente en unos esclava, se siente en otros soberana y reivindica sus derechos: levanta la voz, acaudilla á los nominalistas contra los realistas, á Abelardo contra Anselmo, á los escotistas contra los tomistas, y prepara de lejos el día en que ha de

conseguir su triunfo. Aturdidas las inteligencias por el confuso clamor de estos debates, llega momento en que abandonan la ciencia y se precipitan á un ciego misticismo; sigue dando la razón su grito de combate y se alza de nuevo bandera contra bandera. Contra un Kempis nace un Sebonda, y caen al fin en la misma fosa el misticismo y la escolástica, el principio de autoridad y todo lo que tiende á sujetar el pensamiento.

Podría descender á pormenores, referir una por una las peripecias de la lucha, dar á conocer á los héroes de uno y otro partidos, la táctica de que usaron, los diversos campos en que combatieron, la suerte que cupo á vencedores y vencidos; lo creo enteramente inútil atendida la naturaleza del libro que estoy escribiendo y el fin que, como llevo dicho, me propuse al escribir este segundo párrafo. Es hora ya de cerrar esta narración crítica de los sistemas filosóficos que determinaron la venida y la marcha del cristianismo. Empeñado en tan improbo trabajo, apenas he hecho más que seguir con rapidez la historia de la filosofía, manifestando cómo se verifican las evoluciones del entendimiento; debo ahora hacer nuevas observaciones, deducir consecuencias, confirmar verdades, y sobre todo, indicar el motivo de

esta larga serie de estudios, que tan inoportunos é infructuosos habrán podido parecer á muchísimos lectores.

Dije en la introducción de este trabajo que de las tres fuerzas á cuyo impulso marchó la Edad Media, las dos, es decir, el cristianismo y la filosofía, eran convergentes. ¿Cabrá dudarle después de haber visto la doctrina de Jesucristo brotando espontáneamente del seno de la filosofía, y la filosofía formando y sistematizando á su vez la doctrina de Jesucristo? San Juan entre los Evangelistas ¿no era ya platónico? Orígenes, uno de los primeros padres de la Iglesia, ¿no puso al servicio de la nueva religión los conocimientos atesorados por la escuela de Alejandría? De los profundos escritores que tras él desarrollaron el cristianismo ¿no fueron los más en metafísica neoplatónicos y en moral estoicos? Esos mismos escolásticos de que acabo de hablar ¿no buscaron sus infinitas combinaciones dialécticas en los libros de Aristóteles? Adoptaron de los antiguos, no sólo la lógica, sino también las demás partes de la filosofía. Eran neoplatónicos entre los escolásticos lo mismo los nominalistas que los realistas, lo mismo los que deseaban elevarse á Dios por las palabras de la Biblia, que los que buscaban en el co-

nocimiento de sí mismos el de lo infinito.

Reconocemos, se me dirá, que la filosofía y la religión se engendran y se explican mutuamente: ¿dónde está su convergencia cuando la razón, base de la una, y la revelación, fundamento de la otra, estuvieron, como se ha visto, en perpetua lucha? Suscitáronse verdaderamente en la Edad Media cuestiones que produjeron gravísimas discordias. Conviene examinar, no sólo de qué procedieron, sino también sobre qué recayeron y á qué se encaminaron. Es sabido que el cristianismo tiene por punto de partida el Evangelio. Su doctrina, aunque en germen, está toda en ese libro. Envuelta en palabras que tienen por lo general una significación vaga y oscura, se hace á menudo susceptible de interpretaciones distintas, no pocas veces contradictorias. Apenas la Iglesia está constituida, procura, como es natural, fijarla: empieza á razonar, á discutir, y abre campo á una serie de controversias que la dividen. Confiada en que el espíritu de Dios la inspira, se cree desde luego infalible, y decide sin apelación cuantos problemas van surgiendo. ¡Ay del que se atreva á poner en tela de juicio lo que ella declare dogma! Cae bajo el peso del anatema.

Levantán enérgicamente la voz filósofos

rebeldes; pero ¿se proponen acaso destruir todo el sistema? No: admiten generalmente los dogmas fundamentales del cristianismo. Creen, como los ortodoxos, en la necesidad de la revelación, aceptan como tal el Evangelio y protestan contra todo ataque á las palabras de Cristo. Difieren sólo en la manera de comprenderlas y explicarlas. Si se hacen cargo de la trinidad, dudan, por ejemplo, no de que exista, sino de que sea una personalidad distinta cada una de las hipóstasis que la constituyen; si de la transubstanciación, no de que se verifique, sino de que suceda como dijeron los concilios; si de la predestinación, no de que no la presuponga la omnisciencia de Dios, sino de que ésta y aquélla sean compatibles con la libertad moral del hombre (1). Los hay, como Scot Erígenes, que hasta se atreven á resucitar la doctrina del panteísmo: ni aun éstos recurren á su razón para destruir base alguna de la religión

(1) Se dice que la Iglesia no admitió jamás la predestinación; á ser cierto, no habría dejado de cometer una grave falta de lógica. La gracia y la predestinación son dos cosas que se engendran mutuamente. Inútil de todo punto recurrir á distinciones y á más ó menos ingeniosos subterfugios: ó se ha de rechazar las dos, ó se ha de admitirlas. Hase combatido mucho á los pelagianos: es indudable

cristiana. El panteísmo de Scot deriva lógicamente de los libros sagrados: está contenido letra por letra en el Evangelio de San Juan. No pudo entrar en la teodicea del cristianismo; pero, ¿es acaso inconciliable con el principio de la unidad divina? Lo he dicho y lo repito: la filosofía durante la Edad Media no hizo más que ir robusteciendo el nuevo dogma: enlazó con él su suerte, y lo siguió, explicó y defendió contra los demás sistemas religiosos.

La convergencia de las dos fuerzas es más palpable cuando se las estudia históricamente. El cristianismo, dije en el primer párrafo, contiene dos principios contradictorios, el de la unidad y el del dualismo; predominó por de pronto el de la unidad é hizo concebir lisongeras esperanzas; fué prevaleciendo á poco el del dualismo y produjo los más opuestos resultados. Una doctrina eminentemente social pasó á ser una teogonía;

que en el fondo lo fueron hasta los escritores que contra ellos desplegaron más energía y talento. ¿Qué importa que negasen las consecuencias si aceptaban las premisas? Así fueron tan poco felices siempre que pretendieron poner en armonía la gracia y la libertad del hombre. ¿Qué de extraño si lo que se quisó conciliar es por su naturaleza inconcilliable?

la esperanza de un paraíso fuera del mundo hizo olvidar la tierra; los males por cuyo remedio suspiraban todas las naciones, lejos de encontrar la segur que San Juan había creído ver á la raíz del árbol cuando vivía en el Desierto, hallaron en los mismos atributos de Dios motivo de existencia. ¿Podrá negarse que la filosofía haya presentado las mismas fases? Basta que recordemos lo que fué primero en manos de los padres de la Iglesia y lo que fué después en las de los escolásticos: En las de los padres de la Iglesia es formidable ariete contra todos los elementos de la sociedad antigua: adopta por lema la justicia absoluta, niega la legitimidad de derechos consagrados por más de veinte siglos, acusa á los que han hecho exclusivamente suyo lo que es patrimonio de la especie humana; erige la virtud en deber, exige con imperio la igualdad, aboga con celo por la redención de los cautivos y la libertad de los esclavos, revela á los pueblos la ignorancia y la miseria en que vegetan y les señala con el dedo sus implacables enemigos. Habla de Dios, principalmente para hacernos sentir la unidad de nuestra especie y darnos á conocer los imprescriptibles derechos que nos usurpó la violencia y la perfidia. Grande, poderosa, impregnada de la idea social

que ha recogido de los trémulos labios de una víctima inmolada en el cadalso, fija las miradas en los que sufren y denuncia todo género de vicios, los presenta como la causa de las calamidades que afligen á los pueblos, y amenaza de muerte, y muerte eterna, á los que por satisfacerlos dejan que el huérfano sucumba en la orfandad, el enfermo en su lecho de dolor y el pobre en la pobreza. Recorre todos los caminos de la ciencia: el de la metafísica, el de la teología, el de la cosmogonía, el de la moral, el de la vida práctica; combate á la vez el escepticismo, el mosaísmo, el paganismo; acepta todas las cuestiones, discute todos los principios, arrolla todos los obstáculos, se arroja en medio de todos los peligros, crece en valor y en poder á medida que se enardece la lucha. Tiene una actividad sin límites y obtiene inmensos resultados; pero apenas cae en los escolásticos se abate y se prostra. Suscita una cuestión puramente ideológica y en ella consume siglos; reitera mil veces sus controversias sobre la eucaristía, la trinidad y la gracia. ¿Escoge por tema á Dios? Determina y vuelve á determinar uno y otro día los atributos de ese supremo sér y se entrega á esa infinita fluctuación de conceptos y categorías, que son, como dice Hegel, movimiento puro. Se

arrastra penosamente por el angosto sendero que se ha trazado, languidece por momentos, y cae al fin cansada y abatida en esa especie de inanición que llamamos misticismo. Experimenta de vez en cuando violentas sacudidas: no se levanta sino para confundir con vanas y sutiles distinciones á los mismos que pretenden restituirle su antigua independencia. ¿Qué miras algo nobles cabe entonces descubrir en la filosofía? ¿qué objeto grande y santo? ¿Sale acaso nunca de la esfera religiosa para verter una gota de bálsamo sobre las anchas heridas abiertas en el corazón de los pueblos? ¿Descubre un solo principio social que sea fecundo? ¿Favorece siquiera el desarrollo de los que le legaron los padres de la Iglesia? La filosofía en poder de los escolásticos, lo he dicho en este mismo párrafo, fué una mera aplicación de la dialéctica á la teología del cristianismo.

¿Deberé insistir más en este punto? Creo clara la convergencia de las dos fuerzas; no creo que nadie pueda dudar que ambas vinieron empujando la humanidad por una misma senda durante ese largo trascurso de doce siglos que abraza la Edad Media. El fin que me propuse está cumplido. La absorción de la filosofía por el cristianismo y la determinación del cristianismo por la filosofía

son manifiestas; la antinomia fundamental del cristianismo, del todo patente por el desarrollo histórico de la filosofía. Examinemos ahora la última de las fuerzas indicadas, fuerza divergente que no dejó de ejercer influjo aún en los pueblos donde quedaban menos vestigios de la dominación de Roma. Larga es también la materia, corto el espacio en que he de encerrarla: me esforzaré en ser tan conciso como claro.

III

La civilización antigua

Me veo obligado á empezar este párrafo refutándome á mí mismo. Si he dicho que la sociedad romana quedó disuelta por los bárbaros y el cristianismo, ¿cómo puedo afirmar que la civilización antigua haya sido una de las fuerzas de los siglos medios? ¿No he sido el primero en reconocer que los germanos trajeron consigo sentimientos de independencia y hábitos militares incompatibles con la organización del Imperio? ¿que, llenos de

odio á todo lo que era romano, sumergieron en sangre á Europa? ¿que la palabra de Jesucristo minó el antiguo edificio social por los cimientos, y abrasó como el fuego los vínculos que enlazaban unas con otras las diversas clases del Estado?

Cayó la inmensa mole del Imperio, quedaron los escombros; disolvióse la sociedad, mantuviéronse en pie sus principios componentes. La civilización predomina y predominó en todos tiempos sobre la barbarie; vinieron los germanos á destruirla, y no tardaron en reconstituir los pueblos sobre las ruinas. Los antiguos elementos políticos encontraron otro núcleo en las nuevas sociedades; se reunieron otra vez, se amalgamaron con los que traían los bárbaros y vinieron á formar parte del nuevo orden en que entraron las naciones. Sufrieron profunda reforma; pero no dejaron de conservar en tiempo alguno el carácter que los distinguía, ni de transformar á su vez el de los que pugnaban por reemplazarlos. Los rechazaba el cristianismo, no la Iglesia, que nacida y educada en el mundo romano, los creía principio de su vida. Lejos de rechazarlos, recogiólos afanosamente la Iglesia cuando los vió dispersos por la espada de los invasores, empleó todo su poder en restituirles el valor que

tuvieron, y no paró hasta producir esa revolución llamada Renacimiento, que volvió á la Antigüedad los ojos de Europa. Hizo tanto ó más que los germanos por darles no sólo vida, sino también preponderancia; y es indudable que, por los esfuerzos de ambos, la adquirieron hasta el punto de poder ejercer decidida influencia sobre las instituciones y las costumbres.

Hase creído generalmente que el derecho romano murió con el Imperio. «Después de la invasión, se ha dicho, no hay en Europa sino códigos bárbaros é informes que de todas sus letras brotan sangre. El cuerpo del derecho civil, esa inmensa colección de leyes fruto de la experiencia de todo un pueblo y del saber de tantos siglos, desaparece como todo lo demás del Imperio; andan los legisladores sin otra luz que la de una Iglesia sumida casi toda en la ignorancia, sin otra guía que los instintos de las tribus á que pertenecen, sin otro objeto que el de satisfacer las necesidades del momento, sin otro fin que el de asegurar el predominio de los vencedores sobre los vencidos. El derecho en realidad no existe: no existe sino una confusa reunión de disposiciones incoherentes, sin orden, sin sistema, sin razón que las explique ni pensamiento común que

las enlace. No faltan hombres de talento que pretenden sacar la legislación de tan espantoso caos: suavizan, cuando más, el rigor de algunas leyes, no consiguen armonizarlas. No lo consiguen hasta el siglo XII en que para bien de la humanidad se encuentra el código de la razón escrita. El palacio, la universidad, el claustro copian entonces con afán el precioso manuscrito descubierto en Amalfi; se lo lee, se lo consulta, se lo comenta, y por fin, se lo adopta. No es ya, como antes, imposible imprimir unidad á las leyes ni administrar justicia: cesa de repente la arbitrariedad, se conoce la razón del derecho, se parte de reglas fijas que arrojan constante luz sobre cuantas cuestiones suscita el interés de la sociedad y el del individuo. Es sensible que haya tardado en descubrirse ese gran código: si los primeros reyes bárbaros hubiesen podido calcar sobre él sus mandatos, no se habría visto la humanidad durante siglos ultrajada por las leyes.

Estas afirmaciones son inexactas. El derecho romano no dejó de existir nunca en Europa: fué uno de los elementos que entraron por más en la formación social de todos los Estados. Desapareció á la caída del Imperio la obra de Justiniano; no el derecho consagrado casi por entero en el código de

Teodosio y en los demás cuerpos de leyes á que esta colección sirvió de base. Es error gravísimo creer que los primeros reyes bárbaros lo desconociesen; lo conocieron y hasta lo sancionaron y aplicaron. Escribieron códigos especiales: mas sólo para los conquistadores, no para los conquistados, en cuyo beneficio hicieron algunos compilar la ley romana. Reconocieron poco á poco la excelencia de esta ley, la introdujeron lentamente en su derecho privativo; y cuando más tarde quisieron fundir en una las dos legislaciones, obedecieron á pesar suyo más á la influencia de la ley antigua que á la influencia de la ley germánica. «Los bárbaros, dice fundadamente Guizot, al establécese en Europa contrajeron, ya entre sí, ya con los romanos, relaciones mucho más variadas y duraderas de las que habían hasta entonces conocido. Se desarrolló más su vida civil, y adquirió más solidez y fuerza. La ley romana era la única que podía determinarla y fijar todas aquellas relaciones. Aun conservando sus costumbres y permaneciendo señores del país, halláronse, por decirlo así, los bárbaros presos en las redes de legislación tan sabia; á ella debieron ajustar en gran parte el nuevo orden de cosas, si no en lo político, á lo menos en todo lo

relativo al estado civil de las naciones.»

Basta la sola razón para combatir la opinión que refuto; pero la contradicen más los hechos. El erudito y profundo Savigny, en su *Historia del Derecho Romano*, aduce infinidad de citas y documentos originales que no dejan lugar á duda. La perpetuidad de aquel derecho en la Edad Media está plenamente demostrada: no se ha terminado la lectura de la obra, cuando se extraña que otros historiadores hayan sido de otro dictamen. Pruébese allí con asombrosa abundancia de datos, que los códigos bárbaros hacen en todas partes mención de los romanos, y apenas hay documento ni acta de la época que no revele la aplicación de las leyes de Roma á las manifestaciones sociales de la vida de los pueblos. Recorre el autor de raza en raza todo el mundo germánico: donde no encuentra códigos formados con los restos de la antigua legislación, da con escrituras de diversas clases, otorgadas con las fórmulas del Digesto. Demuestra que si continuaban en uso las fórmulas, habían de seguir en vigor la leyes; confirma su tesis con otros hechos, abre viejas crónicas y arroja á cada paso torrentes de luz sobre tan importante cuestión, que fué el primero en agitar y resolver á los ojos de Europa. «En todas las crónicas, dice, se

consagra recuerdos á hombres versados en el estudio de la antigua jurisprudencia: si la ley romana no hubiera servido para resolver los negocios civiles, ¿habría habido quien quisiese conocerlas?» Abre los códigos puramente bárbaros, los examina y en todos descubre las leyes del Imperio.

No trascibo aquí los textos en que el autor se apoya por no parecer prolijo. ¿Deberé ahora hacerme cargo del descubrimiento de las Pandectas? Lo creo inútil. Si antes de esto ejerció el derecho romano tan señalada influencia sobre la legislación de las naciones europeas, es natural que después modificase profundamente la mayor parte de los Códigos. Lo confirman los adelantos de la jurisprudencia en el siglo XIII y la historia de las leyes á la sazón escritas en todos los pueblos. Todos sabemos lo que entonces sucedió en España: las Pandectas fueron vertidas al castellano por un Rey cuyo talento dominaba la ciencia de su época, corregidas y adicionadas con leyes y decretos anteriores y presentadas como el Código definitivo de la nación á que pertenecemos. Lo que aconteció en España puede dar idea de lo que aconteció en las demás naciones. No creo que deba añadir una palabra sobre este punto.

Han creído también muchos que la administración romana desapareció completamente. «Los bárbaros, se ha dicho, no hicieron sino trasladar á los países conquistados el sistema de gobierno por que se regían en el fondo de sus bosques: una organización como la romana era del todo incompatible con sus costumbres militares, su horror á todo género de servidumbre, su individualismo exagerado y sus feroces instintos. Vinieron y lo regeneraron todo: constituyeron la sociedad sobre nuevas bases.» Absolutamente hablando, esto no es verdad. El gobierno de tribu no se adapta fácilmente á naciones compuestas de sinnúmero de pueblos, donde la conquista haya venido á trastornar y multiplicar las relaciones sociales, lastimar intereses creados, dar origen á otros derechos é introducir en todo la anarquía. Apenas dueños del país que codiciaban, se sentían los bárbaros sin fuerza y sin conocimientos para constituirlo: despreciaban á Roma, pero no el mundo que había ocupado. Contemplaban los magníficos restos de la civilización que habían destruido: los soberbios caminos públicos que enlazaban unas con otras las ciudades, los atrevidos acueductos que desde los valles subían á las cumbres de los montes, los suntuosos circos

y anfiteatros donde cabía todo un pueblo; y no sólo se reconocían inferiores á los vencidos, sino que también concebían vivísimos deseos de igualarlos apesar del odio que les tenían y el desdén que les mostraban. Aborrecían sus primeros reyes á los emperadores, y no vacilaban, sin embargo, en rodearse del esplendor y la majestad con que éstos se presentaban á los ojos de las naciones unidas á su yugo. Vivían aún en la barbarie, y ¿no habían de tomar ejemplo de sus cultos enemigos?

Es sabido cómo tenían los romanos organizado el mundo desde los tiempos de Constantino el Grande. Estaba dividido aquel vasto imperio en cuatro prefecturas: cada prefectura, en determinado número de diócesis; cada diócesis, en determinado número de provincias. Tenía cada prefectura un prefecto del pretorio; cada diócesis y cada provincia un administrador dependiente del prefecto, conocido por diversos nombres. Las ciudades se administraban municipalmente: su consejo de decuriones llevaba toda la pesadumbre del Gobierno. El poder civil y el militar vivían separados; el Emperador, entre funcionarios que debían transmitir y ejecutar sus órdenes. Distinguíanse unos de otros estos empleados en las funciones que ejercían y

en el título de que gozaban; pero venían comprendidos casi todos bajo la voz genérica de *comites palatii*. Los primeros capitanes del ejército llevaban el nombre de *magistri*; los oficiales subalternos, el de *comites* y *duces*; los de las curias, el de *duunviros*, quinquenales y defensores. No adoptaron por entero los reyes bárbaros este sistema; pero es indudable que se propusieron constituir, según él, las naciones sobre que acababan de extender su maho. Sustituyeron á los *rectores provinciarum* sus condes y sus vizcondes; dejaron en pie los *comites palatii* en calidad de primeros agentes del poder ejecutivo; dieron nueva vida á las municipalidades, que abrumó la tiranía de los gobernadores. No conservaron en todas partes las curias; pero donde las conservaron, les dieron mayor importancia de la que habían tenido. Negaron á sus condes todas las facultades relativas á los intereses públicos; concedieron á los municipios todas las que de algún modo afectasen la vida privada de los ciudadanos. Las emancipaciones, el nombramiento de tutores y la apertura solemne de los testamentos, solían verificarse, cuando aun subsistía el Imperio, ante el jefe superior de la ciudad ó la provincia: quitáronle los germanos tan bella prerrogativa y la transfirieron

á las curias. Cuando aun subsistía el Imperio, los duunviros y otros magistrados municipales ejercían jurisdicción, no como representantes de la curia, sino como jueces: abolieron los bárbaros esta práctica, poniendo la jurisdicción en el consejo de decuriones. No se limitaron á respetar la institución; la enaltecieron. El despotismo de los emperadores la había hecho odiosa: ellos la levantaron, reduciendo en lo posible las cargas que la habían traído á tan lamentable estado, y consiguieron presentarla como un beneficio á los pueblos, que de todo corazón la aborrecían. No, no es tampoco cierto que la administración romana dejase de existir en la Edad Media. Recuérdese el Imperio que fundó en el siglo VIII un rey de Francia y la serie de emperadores de Alemania que parecieron continuar á los que hubo en Roma y en Bizancio.

El régimen municipal, sobre todo, es incontestable que no desapareció en ningún tiempo. Lo han demostrado hasta la evidencia Savigny, Dupin, Raynouard y otros escritores. Hubo durante la Edad Media naciones en que apenas dió señales de existencia; pero hasta en aquellas naciones vivía. Al primer grito de libertad que arrojaron los pueblos después de las cruzadas, surgió lleno

de brío, y se encargó otra vez de regir los destinos de las ciudades que lograron derribar el feudalismo. En Italia dió pasos de gigante, y fundó repúblicas; en Inglaterra, en Francia, en los Estados de Alemania fomentó sin cesar el espíritu de independenciam; en Aragón constituyó pueblos que se atrevieron á dictar leyes á sus Monarcas; en Castilla escribió las cartas-fueros. Fué esencialmente municipal la revolución europea de los siglos XI y XII y presentó en todos los pueblos el mismo carácter: si no hubiesen quedado vestigios de las antiguas curias, ¿de dónde habrían recibido las ciudades la luz que las guió por el camino de su regeneración política?

Los romanos tenían á Europa bajo el yugo desde que murió Augusto: ¿cómo se quiere que su civilización no hubiese echado en cinco siglos raíces bastante hondas para resistir el impetu de los bárbaros? Sobrevivieron al Imperio de los Césares, é influyeron en el desarrollo de las naciones modernas, no sólo el derecho y la administración, sino también el idioma, la literatura, la religión y la ciencia. Redactaron sus leyes los germanos, no en su idioma, sino en el de los vencidos. Francos y godos, de igual manera que galos é iberos, trocaron al fin su lengua por

la de Roma. Se escribió exclusivamente en latín hasta el siglo XI. Nacieron después muchos de los romances en que hablamos; pero se continuó escribiendo en aquel idioma los documentos públicos, el mayor número de las obras científicas y gran parte de las literarias. La Iglesia y la Universidad llegaron á desterrar de sus altares y sus cátedras el romance: la Iglesia, sobre todo, lo miró con desprecio durante siglos, y es aún la más fiel depositaria del idioma latino. ¿Cabe influencia mayor ni más decisiva sobre las sociedades de los siglos medios?

No fué de mucho tan grande la que ejerció la literatura romana; pero no cabe tampoco dudar que la ejerciese. Entre los padres de la Iglesia hubo pocos que no estuviesen muy versados en la lectura de los libros clásicos; conocieron no sólo á los más eminentes oradores de la República y el Imperio, sino también á los más esclarecidos poetas. Cuando, extinguidas ya las últimas antorchas del mundo antiguo, se extendió la barbarie por Europa, es sabido que sólo bajo las bóvedas del claustro hubo hombres consagrados al estudio. Tenían esos hombres cosas nuevas á que aplicar las facultades de su entendimiento, y apenas las aplicaron más que á la interpretación y al comentario de

las obras que habían podido recoger entre las ruinas. Si, conmovidos por el espectáculo de los hechos de su siglo, quisieron descolgar alguna vez el arpa con que la poesía cantó en todos tiempos las hazañas de los héroes, imitaron servilmente la Eneida y la Farsalia; si, llenos de energía, quisieron detener con la fuerza de su palabra los impulsos tiránicos de los emperadores y los reyes, siguieron paso á paso á Cicerón, en quien admiraban el fogoso entusiasmo con que había combatido á todos los opresores de su patria. Tomó la poesía nuevo rumbo luego de formadas las lenguas que ahora hablamos; pero no tardó en volver á la imitación apesar de los brillantes resultados que en sus días de originalidad obtuvo. Vulgarizada cuando abandonó el latín por el romance, se había limitado á ser la expresión fiel de los sentimientos de su época; quiso de nuevo encumbrarse, y volvió á reproducir el arte antiguo. No lo reprodujo de pronto con el materialismo de antes; pero, ya por este camino, vinieron siglos en que perdió toda su espontaneidad y se hizo la dócil esclava de Homero y de Virgilio, de Píndaro y de Horacio. Abrase por un momento la historia literaria de la edad á que dedico este ligero estudio. En el siglo IX no se había entregado aún poeta alguno á

los trasportes de su corazón ni á los arranques de su fantasía; desde el X al XIV reproducen todos su vida interior y tienen símbolo y ritmo propios; en el XIV vuelven los ojos á la Antigüedad; en el XV y en el XVI imitan. La antigua literatura va de día en día dominando las inteligencias. No sólo adopta la poesía el ritmo antiguo; lo adoptan los demás ramos del saber humano, sobre todo la historia. En los períodos anteriores apenas se conocía más que la crónica, libro modesto, en que se refería con singular candidez los hechos y las tradiciones que tenían mayor interés á los ojos del cronista; en este período subsistía aún el mismo método, pero no la misma forma. Herodoto, Livio, Salustio, Tácito, estimulaban el amor propio de los escritores; y empezaban á ver la luz en muchos pueblos ensayos históricos notables, donde á una crítica algo más acertada de los hechos y á un marcado deseo de presentarlos como lecciones provechosas, iban unidas la belleza de la dición y la elegancia del estilo.

¿Influyó menos la civilización antigua en la marcha de las ciencias? Hemos visto á los padres de la Iglesia y á la escolástica estudiando en la filosofía pagana el modo de fijar y sistematizar el cristianismo. ¿Cuál fué

la lógica entonces dominante? ¿cuál la física? Las obras de Aristóteles, traducidas y explicadas en todas las naciones, constituyeron el límite de la física y la lógica. La química, ciencia moderna, no salió de los pretendidos misterios de la alquimia; la medicina, no pocas veces turbada en su curso por ideas mixtagógicas de que hemos empezado á darnos más ó menos satisfactoria explicación en este siglo, tuvo que volver siempre á los aforismos de Hipócrates y á la doctrina de Galeno, autores en cuya conciliación gastaron sus fuerzas hombres de elevado espíritu y de grandes conocimientos. Si dió la política algunos pasos, fué partiendo constantemente de las teorías de griegos y romanos. La economía permaneció en el limbo; la administración siguió desconocida como parte de la ciencia. El arte militar no experimentó cambio alguno esencial en su sistema defensivo: muró las ciudades y levantó las fortalezas, no con tan grandiosa magnificencia, pero sí con la misma disposición, y por las mismas reglas que en los días del Imperio. En la parte ofensiva atrasó en vez de adelantar: opuso la fuerza á la fuerza, la anarquía á la anarquía, y no logró restablecer aquella disciplina que tantos triunfos había proporcionado á las legiones de la Re-

pública, mientras la invención de la pólvora no vino á modificar profundamente las condiciones de la guerra. No hubo por fin arte ni ciencia que no buscasen en los libros de la Antigüedad sus principios y su base.

Los que creen que la invasión de los bárbaros fué un abismo entre la Antigüedad y la Edad Media, se admirarán indudablemente de tales hechos. ¿Hay, con todo, razón para admirarse? No estamos, afortunadamente, condenados á movernos eternamente dentro de un mismo círculo, ni á marchar de revolución en revolución y de tumbo en tumbo á un fin inasequible.

He indicado que de la civilización antigua hasta el paganismo ejerció sobre las naciones modernas señalado influjo. Es lo único que necesita explicación, y voy á darla. El paganismo llevaba, al desaparecer, largos siglos de existencia. Religión bella, popular, al alcance de todas las inteligencias, había echado hondas raíces en el corazón de gran número de pueblos. Tenía poesía propia y un arte adelantadísimo que había reproducido bajo las más bellas formas las divinidades del Olimpo. Contaba magníficos templos en todas las naciones sujetas al Imperio, y en todas se presentaba tan poderoso y atractivo, que se disipaban á sus primeros

rayos las vagas sombras y misterios de otras religiones. Libre, nada exclusivo, poco apegado á formas tradicionales, se amoldaba fácilmente á las exigencias de sus adeptos; no se oponía á que cada pueblo rindiera preferente culto al dios que más quisiese; unía sin esfuerzo al coro de sus númenes héroes extranjeros, acreedores al homenaje de las provincias. Eminentemente poético, daba cuerpo á toda idea, representándola por imágenes ó símbolos que conocía y entendía aún la más abyecta plebe. No se dió por vencido al oír la palabra de los Apóstoles. Aceptó la lucha, y la sostuvo con dignidad y energía hasta que, abandonado de los Emperadores, vió caídos sus ídolos y junto á sus mismos templos la basilica de Cristo. Perdió desde entonces terreno y hubo de sucumbir; pero cuando se había infiltrado ya en el cristianismo, impuéstole muchas de sus prácticas, obligádole á tomar sus símbolos y comunicádole ese espíritu idolátrico, contra el cual protestaron con rudo vigor los iconoclastas.

Dió desde luego el cristianismo otra significación á los símbolos, otro colorido y otro fin á los ritos y otros ídolos al culto; pero luchó inútilmente por desprenderse de las formas del paganismo. Verificóse una especie de transacción entre las dos religiones, prin-

principalmente sobre lo relativo al culto exterior, que era lo que más podía afectar los hábitos y las costumbres del pueblo; y es indudable que esa especie de transacción ejerció en los pueblos cristianos el influjo de que hablo. Prácticas y símbolos que, lejos de merecer la censura del cristianismo, le debían, directa ó indirectamente, una sanción especial y un segundo motivo de existencia, ¿cómo no habían de adquirir fuerza y pasar á través del tiempo? Una idolatría aceptada por hombres á quienes había dicho Jesucristo: «El espíritu es Dios, y los que le adoran conviene que en espíritu y en verdad le adoren», ¿cómo podía dejar de perpetuarse? Mencioné ya las guerras promovidas en los primeros siglos de la Iglesia contra el culto de las imágenes. Salieron derrotados los iconoclastas; ¿se quiere mejor prueba del ascendiente del paganismo? Cayeron los cristianos en los mismos errores de los gentiles; veneraron supersticiosamente todo género de imágenes. Les atribuyeron influencias sobrenaturales, supusieron en unas mayor virtud que en otras y materializaron el sentimiento religioso contra las tendencias espiritualistas del verdadero cristianismo. Estamos ya en tiempos muy apartados de la Edad Media y subsisten aún estos errores; ¿qué no sería en aquellos si-

glos en que, dotados los pueblos de una fe ciega, ni examinaban lo que se les imponía como dogmas ni procuraban explicarse lo que creían? Han llegado hasta nuestros días casi incólumes muchas prácticas y costumbres del paganismo: las pasaré en silencio porque basta que recuerde el lector las fiestas religiosas á que concurrió para que se convenza de la verdad de mi aserto.

He aquí, por fin, apreciadas en su valor las tres principales fuerzas que en mi sentir dirigieron en la Edad Media el curso de los acontecimientos. Que la última es divergente y las dos primeras convergentes, creo que no necesite mayores pruebas. Generalicemos otra vez y concluyamos.

Al hacerme cargo del cristianismo he demostrado: 1.º, que contiene dos principios entre sí contradictorios: la unidad y el dualismo; 2.º, que el de la unidad no pudo llegar á sus últimas consecuencias porque lo impidieron los mismos que debían desarrollarlo; 3.º, que el del dualismo, apoyado por los poderes públicos, debilitó de día en día las fuerzas de su antagonista, hasta que, dueño absoluto del campo, redujo la nueva doctrina á sistema puramente religioso; 4.º, que, merced á la influencia de este principio, la palabra de Cristo dejó de producir todos sus frutos.

He demostrado luego que la filosofía dió origen y forma al cristianismo y se limitó después á seguirlo paso á paso; que si en los primeros siglos de la Iglesia desplegó toda su energía para conseguir las reformas sociales prometidas en el Evangelio, no manifestó después menos entereza para impedir las, alentando la creencia en un cielo destinado á reparar los males de la tierra; que, sometida todos los días más y más al nuevo poder teocrático, no vaciló en negar la soberanía de la razón ni en condenar, sobre un texto de la Biblia ó las actas de un concilio, toda proposición formulada contra lo ya reconocido como dogma.

He demostrado, por fin, la influencia de la civilización antigua: influencia que, si complicó el estado antinómico de las sociedades en los siglos medios, modificó profundamente las instituciones civiles, políticas y religiosas de casi todos los pueblos de Europa y determinó no pocas veces el movimiento de los negocios públicos, no pudo contrarrestar las fuerzas que fueron arrojando la humanidad por el camino del egoísmo y la anarquía.

¿Qué me queda por demostrar? ¿Deberé poner más en claro que el principio del dualismo gobernó entonces el mundo? En

ningún otro período histórico se ve á los hombres más preocupados con las glorias del paraíso y los terrores del infierno; en ningún otro, más resignados á las calamidades que los azotan y confunden. «Sufrís, dice entonces la Iglesia á los pueblos: la peste os diezma los hijos, la guerra os tala los campos, el trabajo os encorva el cuerpo, la tiranía os dobla la frente, la miseria os devora, el dolor os hunde lentamente en el sepulcro; pero no tenéis derecho á quejaros de tantos sufrimientos. Los árboles del Paraíso se estremecen aún por el delito de vuestros padres; la tierra continúa manchada. Venimos aquí todos á sufrir: este mundo es lugar de prueba. Jesucristo ¿no murió también en la cruz después de haber apurado hasta las heces la copa del pesar y la amargura? Hay en lo alto del firmamento un sér que cuenta una por una las lágrimas que vertemos y los suspiros que proferimos, conoce lo que pensamos, penetra en el fondo de nuestros corazones, y prepara sin cesar nuevos goces para recompensa de nuestras fatigas. No importa que suframos: la tierra es una montaña cuya cumbre es el cielo. Las vertientes son rápidas, escarpadas, fecundas en malezas, circuídas de precipicios; la cúspide es el centro del bien, el manantial de la vida eterna,

él punto en que se rasga á los ojos del hombre el velo de lo infinito. ¡Felices, mil veces felices los que, arrojando sin temor las penalidades de tan largo viaje, alcanzan esa venturosa cima! ¡Desgraciados, mil veces desgraciados los que se cansan de luchar y se sientan en medio del camino para recoger las floéres que ha hecho brotar el vicio al pie de los despeñaderos, ó entre las quiebras de las rocas! El aliento de Dios disipará en aquellos hasta la sombra del dolor pasado; una aureola de luz les ceñirá las sienes; una beatitud desconocida les inundará el pecho; se sentirán iguales á cuantos los rodeen y superiores á cuantos hayan visto en la tierra conducidos en carros de triunfo del campo de batalla al trono. Rodarán éstos, por lo contrario, á lo profundo de los abismos; se cerrarán sobre ellos las tinieblas. El fuego los abrasará y no los consumirá; gemirán y no serán oídos. Llamarán á Dios, y Dios los rechazará; invocarán la muerte, y no los oirá la muerte. La voz de Lázaro será la que llegue á los oídos del Señor; la del magnate vestido de púrpura, que le negó las migajas de su mesa, no encontrará eco en las regiones de los cielos. No, no hay por qué envidiemos los bienes de la tierra. No son dignos del hombre. Ha de buscar el hombre los

imperecederos, que no están sino en Dios. Trabajemos por absorber en Dios nuestras almas, y gozaremos por toda una eternidad de esa justicia y esa bienandanza que hemos esperado en vano sobre la haz de la tierra.»

Esta doctrina era general. Constituía la base de todos los sentimientos, daba carácter á todas las instituciones, y servía de punto de apoyo á cuantos regían los pueblos. Sancionaba la existencia del mal, aunque reparándolo en otra vida; negaba que en la tierra fuese posible el bien, aunque poniéndolo en el cielo. Por ella el cristianismo fué en último resultado la doctrina del *statu quo* y la enemiga del progreso.

Se me acusará de atrevido; pero yo estoy en que el escritor público debe dejar á un lado toda consideración y obedecer sólo á la voz de su conciencia. Si no se siente con fuerzas para el combate, debe romper su pluma, jamás escribir contra sus propias convicciones. Sólo el hombre envilecido puede ponerla al servicio de cualquier doctrina, á merced de todo el mundo.

FIN

Este libro fue distribuido por cortesía de:



Para obtener tu propio acceso a lecturas y libros electrónicos ilimitados GRATIS hoy mismo, visita:

<http://espanol.Free-eBooks.net>

Comparte este libro con todos y cada uno de tus amigos de forma automática, mediante la selección de cualquiera de las opciones de abajo:



Para mostrar tu agradecimiento al autor y ayudar a otros para tener agradables experiencias de lectura y encontrar información valiosa, estaremos muy agradecidos si

["publicas un comentario para este libro aquí"](#)



INFORMACIÓN DE LOS DERECHOS DEL AUTOR

Free-eBooks.net respeta la propiedad intelectual de otros. Cuando los propietarios de los derechos de un libro envían su trabajo a Free-eBooks.net, nos están dando permiso para distribuir dicho material. A menos que se indique lo contrario en este libro, este permiso no se transmite a los demás. Por lo tanto, la redistribución de este libro sin el permiso del propietario de los derechos, puede constituir una infracción a las leyes de propiedad intelectual. Si usted cree que su trabajo se ha utilizado de una manera que constituya una violación a los derechos de autor, por favor, siga nuestras Recomendaciones y Procedimiento de Reclamos de Violación a Derechos de Autor como se ve en nuestras Condiciones de Servicio aquí:

<http://espanol.free-ebooks.net/tos.html>